

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

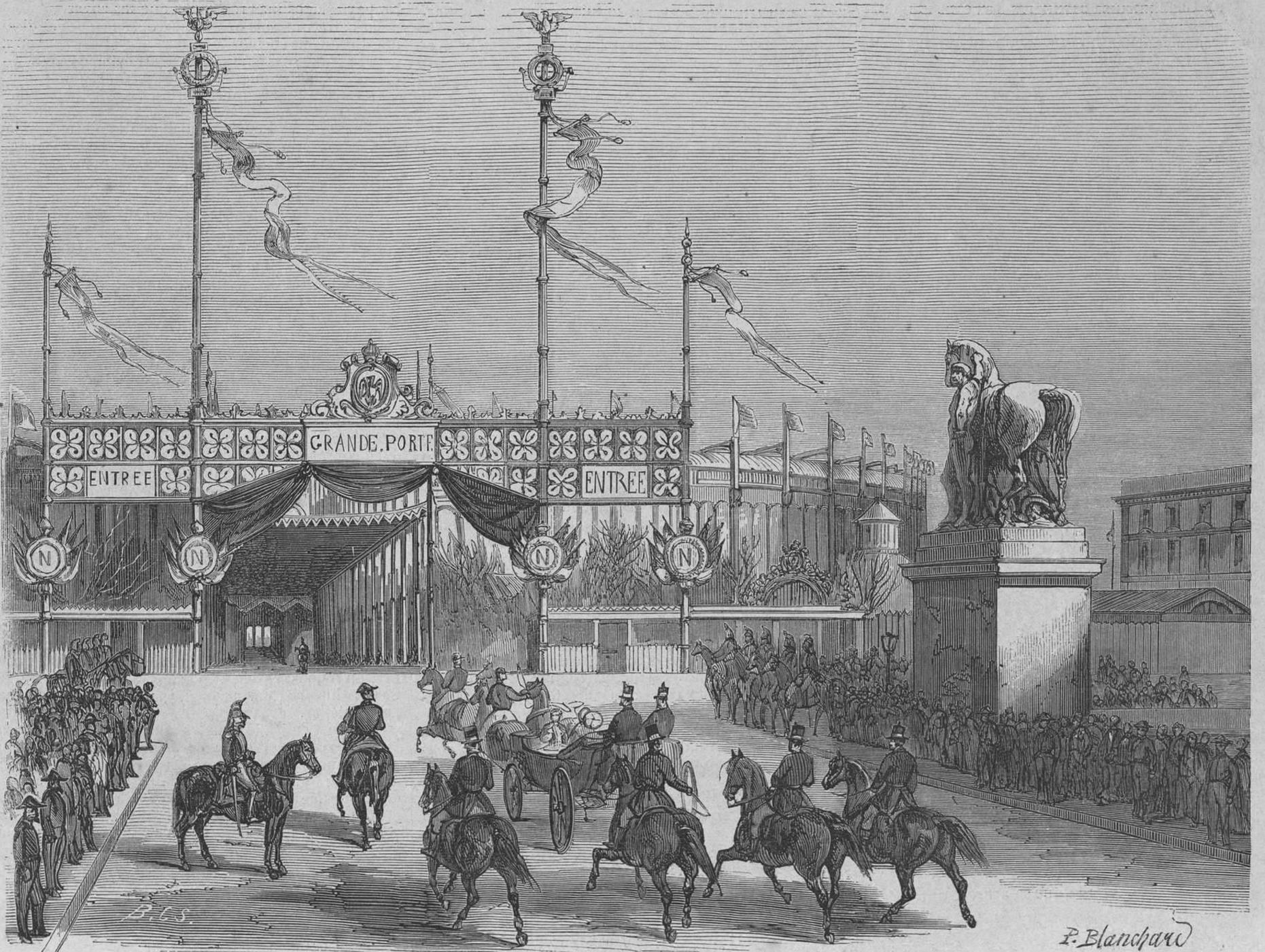
AÑO 26. — N° 745.

SUMARIO.

Llegada del emperador á la entrada principal del muelle de Orsay; grabado. — Revista española. — Apertura de la

Exposicion universal; grabado. — Recepciones de Su Alteza Imperial la princesa Matilde; grabado. — Revista de Paris. — Poesía. — Estudios de historia natural. — Aspecto general de la Exposicion universal: vista tomada del Trocadero; grabado. — Orichton. — Crispi; grabado. — Los sucesos

de Creta; grabados. — El Excmo. é Ilmo. señor cardenal Puente, arzobispo de Búrgos; grabado. — Hittorff; grabado. — Monumento religioso elevado á la memoria del gran duque Nicolás de Rusia en Niza; grabado. — La Marquesa de Pinares. — Los luchadores célebres; grabados.



Inauguracion de la Exposicion universal. — Llegada del emperador á la entrada principal del muelle de Orsay.

Revista española.

Marzo sin viento. — Tristeza. — La *Suegra del diablo*, zarzuela en tres actos, de los señores Blasco y Arrieta. — Un autor célebre en escena. — El rey de la novela. — Su modo de vivir. — Su palacio. — Sus criados. — Su yegua. — Una medalla por una corona. — Libros nuevos. — Al nacer el día. — Poema de Santa Teresa. — Noticias.

Con un tiempo delicioso hemos vivido en marzo: poco viento, pocas lluvias, y sin embargo, mucha tristeza, porque estamos en cuaresma.

Sin embargo, en el teatro de los *Bufos Madrileños*, se han divertido los espectadores y ni poco, con una humorada en tres actos, de Blasco, que se titula nada menos que la *Suegra del diablo*.

La accion comienza en una aldea y en casa de Colás y de su esposa, la suegra del diablo, especie de mujer harpía.

De este matrimonio ha nacido Mari-Blanca, jóven que al parecer tiene prisa en casarse, porque á falta de otro novio se contenta con un tuerto.

Bien es verdad que el ojo que le falta se lo ha sacado la amable autora de los días de Mari-Blanca.

La buena señora, cuyo nombre he olvidado, desea por lo visto que su hija se quede para vestir imágenes, y la reprende con dureza, y la prohíbe toda clase de trato con el sexo masculino.

Colás, el marido de la suegra, es un bendito, que lleva con apacible resignacion la cruz que el matrimonio le ha proporcionado.

Hace todo cuanto le mandan tan á lo vivo, que se sube en una silla cuando le pide su consorte que *hable alto*, se sienta cuando le manda que *hable bajo*; y es un borrego en toda la extension de la palabra.

Retíranse los padres de la niña, ella aprovecha su ausencia para recibir á su Bartolo; son sorprendidos, si no á lo mejor, un poco antes; el novio se esconde en un pajar; la harpía llega, riñe á su hija, y acompaña á su despedida esta terrible frase:

— ¡Querria que te casases con el diablo!

Se oye un ruido espantoso, el cuarto se inunda de un resplandor rojizo, y cae como llovido del cañon de la chimenea el mismo Satanás, vestido de encarnado, y con todos los adminículos peculiares á su calidad de soberano del infierno.

Para no faltarle nada, ni aun le falta lo que mas necesita el diablo para matar moscas cuando no tiene nada que hacer; y precisamente esta es una parte esencial del argumento, toda vez que al escaparse el diablo, despues de haber tratado de seducir á la niña, se la arranca la madre, acto por el que Satanás reconoce á su futura suegra.

Ello es, en fin, que se queda en las manos de esta la cola del diablo, y que los vecinos, asustados, cantan un coro que, con permiso de mi amigo Goizueta, diré á ustedes que me ha parecido bellissimo, y digno de una ópera.

Pero Satanás vuelve á poco, diciendo que es un emisario del rey, y que por orden suya se lleva á Mari-Blanca.

Todo el mundo le cree de buena fe, la niña se va en una litera, su novio se queda en el pajar, las aldeanas envidian la suerte de su amiga, y acaba el primer acto.

El segundo transcurre en un meson: se canta, se baila, se bebe, y el diablo, que dicho sea de paso, mas parece un diablillo con faldas por la candidez que manifiesta en todos sus actos, no hace mas que la corte á Mari-Blanca y huir de su madre.

Llega con Colás y con Bartolo en busca de la chica; mientras registra la casa, y su marido se embriaga para olvidar sus penas, Bartolo y Mari-Blanca se ven, conviniendo en que la jóven se disfrazará con un traje masculino y huirá con su tuerto.

Bartolo desnuda al padre de su novia, lleva á su hija su traje, pone á Colás el de su hija, el diablo vuelve á buscar á su futura, y en su lugar halla á su suegra, lo que le impulsa á correr al pronto.

Pero no tarda en dominar su terror; declara quién es, y todos los circunstancias caen al suelo poco menos que desmayados; pero la suegra se repone á su vez, dice á todos que hagan la señal de la cruz, y por este medio consiguen nada menos que encerrar al diablo en un tonel, clavando la tapa, operacion que da lugar á un coro con acompañamiento de martillazos.

En el tercer acto aparece el diablo dentro del tonel, en medio de un bosque, y á poco llega Bartolo muy apesadumbrado, porque en el camino le han robado á su novia.

Satanás le pide que le saque de su prision, y le ofrece en premio un anillo, un talisman, con el que logrará cuanto desee.

Bartolo cree en las palabras del diablo, le desentonela, y se va nada menos que á la tierra de los ciegos, en donde, como mis lectores comprenden, siendo tuerto, le espera un brillante porvenir.

Cambia la decoracion, y la que se aparece ante el espectador es bellissima, y demuestra que Plá es un verdadero artista; pero solo disfruta de aquel paisaje el público: los que habitan en tan deliciosa comarca son ciegos.

Este acto, ó mejor dicho, lo que en él pasa, es un

argumentito que le sale al argumento principal para alargarse.

Los ciegos están descontentos de su rey; el rey está apesadumbrado, porque su hija se muere de amor, lo que le hace decretar que sus súbditos se enamoren de ella, y en esto llegan Bartolo y el diablo.

Basta saber para fin de cuento que los ciegos, creyendo ahorcar á Bartolo, ahorcan á su jefe; que un diablo se lleva á la princesa; que otro diablo, acompañado de muchos diablillos, anuncia á Satanás que ya no se puede vivir en el infierno, porque ha ido allí su suegra; y por último, que el mismo diablo y sus secuaces huyen des-pavoridos al solo anuncio de la llegada de la madre de Mari-Blanca. Los ciegos eligen por rey al tuerto, y se... Aquí debia decir el autor á los espectadores: *colorin, colorado, mi cuento ya se ha acabado*.

Es la única gracia que falta.

Ninguna otra novedad teatral ha ocurrido, y voy á aprovechar la ocasion para poner en escena á uno de los mas célebres escritores españoles, á don Manuel Fernandez y Gonzalez.

Su retrato interesará á todos mis lectores.

¿Quién no conoce al rey de la novela española contemporánea?

Sus obras vienen siendo desde hace veinte años, el pasto intelectual, el recreo, la admiracion de los que leen en nuestro país. Pronunciad su nombre en las ciudades ó en las aldeas, en los palacios ó en las cabañas, hablad de sus novelas á los doctos y á los ignorantes, á los pobres y á los ricos, á los banqueros y á los gitanos, y todos conocen el nombre, y todos han leído las obras.

Pero los que mejor conocen al novelista, son sus editores, y los que vivimos como él en la esfera literaria. Vosotros habeis admirado su *Cocinero* ó su *Martin Gil*; habeis hallado al filósofo observador y elegante, cualidades reñidas entre si, en su *Luisa*, su *Amparo* y sus *Desheredados*; os habeis estremecido gozando al mismo tiempo, al asistir á las escenas que su pluma, verdadera vara mágica, evoca al referiros las aventuras de los *Niños de Eciija*, ó el sentimental modo de robar de *Diego Corrientes*; habeis notado que compite con los mas fantásticos novelistas alemanes cuando escribe la *Historia de un hombre contada por su esqueleto*. Pero todos estos recuerdos carecen de novedad para el público que lee con avidez las creaciones del novelista.

Lo que vosotros deseais, es conocer á fondo al hombre, tener idea de su carácter, de sus costumbres, de cuanto constituye el retrato intimo del célebre escritor que os interesa.

El novelista está juzgado, y la popularidad de que goza es su triunfo; pero por lo mismo que es popular, necesitais verle en su vida intima, y voy á presentarosle bajo este aspecto, sin traspasar los límites de la conveniencia.

Manuel Fernandez y Gonzalez es un verdadero personaje de novela; aun mas, es una continua novela en accion.

Andaluz de pura raza, criado en medio de los cármenes granadinos, hay en su paleta los brillantes colores de un cielo del que toman sus matices las flores, y su radiante luz los expresivos ojos de las andaluzas.

Por eso cuando pinta, fascina; por eso cuando uno lee sus animadas páginas, cree hallarse en medio de una vegetacion tropical, bajo un cielo refulgente.

¿De qué os sirve saber dónde nació, cuántas diabluras hizo cuando mozo, y cómo supo que habia en su alma la chispa eléctrica que trasmite con sus novelas á los lectores?

Quédense estos detalles para los biógrafos; yo solo soy su retratista.

Figuraos un hombre de elevada estatura, una figura arrancada de un cuadro de la edad media y vestido con un traje contemporáneo. Buscad su cabeza, y hallareis bajo una poblada cabellera, que al caer por detrás recuerda las célebres melenas del romanticismo, una frente espaciosa, unas facciones que sin ser extraordinarias, forman un conjunto original. Sus ojos, casi apagados ya por el exceso del trabajo, proyectan una sombra especial en su rostro. Desde luego se adivina detrás de aquella frente algo extraordinario, en aquellas facciones se nota un claro oscuro; la imaginacion y la pasion... pero cuando se anima, cuando habla, cuando refiere algo, cuando discute, entonces su rostro parece un espejo, en donde se reflejan todas las sensaciones de su alma.

Su fisonomia es el estilo de su frase.

Discute, y sus ojos brillan como el relámpago, y su voz suena como el trueno.

Habla, y su voz toma el colorido de lo que cuenta: es tétrica si describe tristezas, parece un gemido si refiere lástimas, llora y rie, canta y desafina, pero es siempre entusiasta, siempre pintoresca.

Desde que abandonó la carrera de las armas para ser novelista, ha escrito mas de doscientos tomos, pero aunque ha ganado mucho dinero, no es rico, porque es muy generoso.

Toda su vida literaria puede reasumirse en breves líneas: escribe ó dicta dos, tres, cuatro, y á veces cinco entregas al día; los escribientes que tiene, ó él mismo, las llevan por la noche al editor, y para descansar de sus tareas de novelista, visita dos ó tres cafés, en donde sus amigos y sus admiradores le escuchan horas enteras con interés, porque Fernandez y Gonzalez no solo escribe, sino que habla novelas.

Alguna que otra vez se le ve en el teatro; otras veces se le pierde de vista, y esto consiste en que anda por los barrios extraviados buscando asuntos y emociones para sus libros.

Nada mas agradable que su conversacion. Para todo halla en su imaginacion soluciones nuevas, y lo mismo discute sobre un tema político, que resuelve una cuestion económica, lo mismo describe una enfermedad, que explica una receta culinaria. Es tal, que si le oís y se empeña, os convence de que ha encontrado la cuadratura del círculo.

Por efecto de su mismo genio, es desarreglado en la forma.

Algunos le han calumniado, diciendo que halla la inspiracion en el fondo de las copas de rom.

No es cierto: Fernandez y Gonzalez es sóbrio y frugal. ¿Cuántas noches le han visto sus amigos comer modestamente en alguno de los cafés de Madrid, mientras que le esperaba en su *hotel* una abundante comida!

He dicho en su *hotel*, y esto merece una explicacion. Fernandez y Gonzalez habita un *hotel* ó palacio en el barrio de Argüelles. ¿Y saben Vds. por qué vive allí? Por sus siete perros.

El célebre novelista adora los perros; tiene siete, cuya filiacion referida por él es deliciosa, los caseros de Madrid no los querian, y él dijo:

— No quieren los caseros daros casa, pues yo os daré un palacio.

Se fué al barrio de Argüelles, y alquiló uno de los palacios mas lindos del nuevo barrio.

Cuando yo estuve á visitarle hace ya tiempo, acababa de mudarse, y aun no habia concluido de amueblar sus habitaciones. No sé hoy cómo estarán aquellos lindos gabinetes, aquellas espaciosas salas; pero aunque los hayan adornado los mejores tapiceros del mundo, no habrán logrado que produzcan el efecto que los proyectos del novelista produjeron en mí.

— Este salon, decia, tendrá una silleria dorada de seda carmesí, el cortinaje de lo mismo, los transparentes representarán odaliscas, los candelabros serán de oro con esmaltes azules...

La sala estaba desierta.

— En este gabinete pienso hacer un jardin artificial, en medio un ramillete con magnolias, enredaderas á todo alrededor, tiestos y canastillos suspendidos del techo, peceras, fuentes de alabastro, estatuas...

El gabinete estaba como la sala.

Recorrimos todas las habitaciones, en general desiertas todavía, porque no se improvisan los muebles de un hotel; pero aunque hubieran sido de oro y brillantes no me hubieran fascinado tanto como las descripciones proféticas con que adornó el novelista su palacio.

Nada faltaba allí, sala de armas, biblioteca, oratorio... He dicho antes, que Fernandez y Gonzalez es generoso... No hay criados mas regalados que los suyos.

No entra una sola vez en el café, sin mandar al mozo que lleve á su cochero una taza de café ó un refresco.

Pero ¿qué mas? una noche acababa de tomar café con un amigo, y guardando dos terrones de azúcar:

— Estos son para mi Pastora, dijo... la pobrecilla los estará esperando ahí fuera.

El amigo creyó que se trataba de hembra: era la yegua, la *Pastora*, animal inteligente, que se pára sin que se lo manden delante de las casas de los editores de Fernandez y Gonzalez, y que pueden ver los que quieren al anochecer casi todos los días delante de la puerta de Guijarro ó de los Manini. Añadiré que es blanca, para que la conozcan mejor.

A cada instante brotan de los labios de Fernandez y Gonzalez frases dignas de ses citadas.

Hablando un día de un sastre célebre:

— Es capaz de hacer un gentilhomme de un mozo de cordel, dijo para elogiar su tijera.

Bastan los rasgos que he contado, para caracterizarle.

Solo añadiré que es tan poeta como novelista; que ha hecho brillantes criticas literarias y dramas de primer orden.

Algunas de sus obras, traducidas al italiano y al francés, han extendido su reputacion en Europa.

A pesar de esto, no es ni siquiera académico; pero debe consolarse, porque si le falta la medalla de plata en el pecho, tiene en su frente la mas preciosa corona, la popularidad.

Antes de concluir esta revista literaria, quiero dedicar dos palabras á dos preciosos libros que tienen por objeto cantar dos glorias nacionales.

— Aludo al poema titulado *Santa Teresa de Jesus*, de don Evaristo Selió y Gutierrez, y el *Romancero de Numancia*, de Antonio Perez Rioja.

Noble y generosa esta idea que ha inspirado este último libro, y dignos de ella los romances que ha escrito el poeta para ensalzar las glorias de los numantinos.

En la descripcion de los caracteres, en las situaciones, en todo se revela el poeta que ha sabido, sin falsificar la historia, dar al poema toda la belleza necesaria para deleitar.

Tiernos y delicados son los versos con que ha cantado la vida de Santa Teresa de Jesus el autor del primer poema que he citado.

Bello era el asunto y bella la figura, el libro no podia menos de participar de estas bellezas.

Como una prueba de la ternura y sencillez de la versificacion, hé aqui lo que hace hablar el poeta á la Santa:

« — Yo que sé cuán hondo duelo
Se sufre en tan duras penas,
Sabré romper las cadenas
Que os hacen tristes gemir;
Yo haré que el amante anheló
Que apartais del mundo vano,

Pueda al trono soberano
Del que yo adoro subir.

Floreillas perfumadas
De celestiales aromas,
No temblareis agitadas
Por el mundano huracan.
Dulces y amantes palomas
Que mi Dueño ha bendecido,
Yo esconderé vuestro nido
Del hambriento gavilan.»

Así Teresa ideaba,
En alas de su ansia pura,
Labrar la ajena ventura
Que su afan mas dulce fué,
Débil y sola intentaba
Realizar tan alta idea;
Mas, ¿qué hay que imposible sea
Para el amor y la fe?»

Tratándose de poesía, voy á ofrecer á mis lectores una de Ladevese, un nuevo poeta que está llamado á conquistar laureles. Es *al nacer el día*.

Cual flor que abre su cáliz,
Brilla en Oriente la rosada aurora,
Do quiera disipando
Las mas oscuras sombras.

El ancho firmamento
Con nacientes fulgores se colora,
Y las blancas estrellas
Se ocultan vergonzosas...

Rie la mansa fuente
Que al valle va saltando bulliciosa,
Y las alegres aves
Cantos de amor entonan.

Las flores tambien abren
Al ver nacer el día sus corolas,
Y el céfiro volando
Perfumes mil las roba.

El hombre de la aldea
Va al trabajo y sus lares abandona;
Sale el labriego al campo;
Deja el pastor su choza.

El pobre marinero,
En su barca veloz, cruza las olas,
A impulsos de la brisa
Que desde tierra sopla;

Y se aleja cantando
De la playa que yace aun entre sombras,
Hasta que el manso viento
Hinche las blancas lonas;

Y entonces en los mares
Hundirse el puerto ve, que tanto adora,
Donde deja pedazos
Del alma, ó quizá toda...

Es el alma del hombre,
Débil barquilla que insegura flota...
¡Ay, si al volver al puerto
Perdémole en mal hora!

¡Ay, si al tender la vista,
De este mundo en el mar vemos remota
Una ilusion, que en mares
Perdidos nos engolfa!...

¡Que el timon dejaremos
Al instante, y tormenta procelosa
Nos llevará á las playas
Do las penas se lloran!

Mil nubes blanquecinas
Forman tu carro augusto, blanca aurora;
El prado, al contemplarte,
Nueva vida recobra.

Tu albor rejuvenece
Al árbol yerto que perdió sus hojas,

Y sus pasadas galas
Le traes á la memoria.

En tu rocío puro,
Mas que las finas perlas que atesoran
En sus senos los mares
Y que el hombre ambiciona.

Felices son los pobres,
Que de ellos son las dichas de la aurora,
Ellos sus frescas auras
Y sus destellos.

¡Desdichados los ricos
Que en el lecho dormidos aun reposan,
Que ellos no ven el día
Cuando en Oriente asoma!

No terminaré sin anunciar la aparicion de una novela de los señores Eserich y Entrala, titulada *la Madre de los Desamparados*; otra de Fernandez y Gonzalez, *la Virgen de la Paloma*; otra de Puerta y Vizcaino, *el Togue de Animas*, y ya que se trata de anuncios, otra que se titula *Un odio á muerte, historia de dos mujeres*, original de

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1867.

Apertura de la Exposicion universal.

La inauguracion de la Exposicion, favorecida por un tiempo hermosísimo, tuvo efecto en presencia de una muchedumbre inmensa y satisfecha. Mas de cien mil personas habian invadido el edificio y el parque antes de las dos de la tarde, y todas las inmediaciones del Campo de Marte, así como el anfiteatro del Trocadero, ofrecian una gran cantidad de espectadores.

Las galerías de la Exposicion, pues verdaderamente el edificio no merece el nombre de palacio, no producen el mágico efecto de las naves de cristal de Hyde-Park en 1851, que coronan hoy las colinas de Sydenham. Tampoco se parecen en nada al Palacio de la Industria de los Campos Eliseos, ni á sus anejos de la orilla del rio, que desplegaban cierta majestad, pero que pecaban por el conjunto y no eran adecuados á su objeto. Por último, no tienen el aspecto informe y casi ridiculo de las construcciones de Kensington's Gardens, que sin embargo, compensaban su fealdad con disposiciones interiores perfectamente entendidas. Su mérito consiste en el carácter propio y original, que en nada se asemeja al de otras construcciones del mismo género. Su apariencia es bastante monumental para que se hallen á la altura de las riquezas y grandezas á que deben dar abrigo, y su bien entendida disposicion las apropia admirablemente á su noble destino.

La fábrica general de las galerías y de sus cimientos ha absorbido 50,000 metros cúbicos de materiales, y en el armazon se han gastado 13,500,000 kilogramos de hierro y de fundicion. Parece mentira que se hayan levantado en un año tan gigantescas construcciones.

Ya hemos dicho que el día de la inauguracion hacia un tiempo muy hermoso. La actividad de los últimos momentos habia hecho prodigios, y la instalacion se hallaba bastante avanzada para legitimar una inauguracion gubernamental, al menos en todo el tránsito que debia recorrer el cortejo.

La muchedumbre era lucida. Los ministros, el cuerpo diplomático, las casas de Sus Majestades y de Sus Altezas Imperiales, los tres altos cuerpos constituidos, el Senado, la Asamblea legislativa, el Consejo de Estado habian tomado asiento en las galerías francesas de las obras de arte; los convidados de la Comision imperial y de las comisiones extranjeras, y la mayor parte de los representantes de la prensa, llenaban la sala de las obras de arte exóticas.

Mientras llegaba el cortejo admiramos largamente el *meteorógrafo* del R. P. Secchi, la pieza capital y la joya científica de la Exposicion de 1867. Este aparato, único en el mundo, maravillosamente combinado por el ilustre director del observatorio del colegio romano, construido por un famoso artista de Roma, M. Brassart, animado por un reloj eléctrico procedente de los célebres talleres de M. Detouche, registra incesantemente, automáticamente, de día y de noche, las indicaciones de todos los instrumentos meteorológicos con los cuales se halla en íntima relacion, á saber: el barómetro, el termómetro, el psychrómetro y el anemómetro. De esta manera el observador encuentra cada mañana, cada semana, cada mes, inscritas fiel y continuamente en hojas de papel renovadas en tiempo oportuno, las variaciones lentas ó súbitas de la presión barométrica, de la temperatura, de la dirección y velocidad del viento, la cantidad de lluvia caída, etc. Mientras contemplábamos esta maravilla, el baron de Havelt, comisario pontificio, vino á buscar al sabio jesuita para presentarle á Su Majestad.

Habiendo salido del palacio de Tullerías á la una y cuarenta y cinco minutos, Sus Majestades se apearon á las dos en punto delante del pabellon imperial, habiendo sido recibidos por S. A. I. la princesa Matilde; por Sus Altezas Reales el príncipe de Orange, presidente honorario de la comision de los Países Bajos, y el conde de Flandes, presidente honorario de la comision de Bélgica; por S. A. I. el duque de Leuchtenberg, presidente honorario de la comision de Rusia, y por SS. AA. el príncipe y la princesa Murat.

Bajo la puerta del vestíbulo principal del palacio, Sus Majestades recibieron los homenajes de la Comision imperial, á cuya cabeza se hallaban SS. EE. M. Rouher, ministro de Estado y de Hacienda; M. de Forcade La Roquette, ministro de Obras públicas; el mariscal Vaillant, ministro de la casa del emperador y de bellas artes; el marqués de la Valette, ministro del Interior; M. Baroche, guardasellos; M. Magne, miembro del consejo privado; el baron Haussmann, senador, prefecto del Sena; M. Pietri, prefecto de policía, y el consejero de Estado M. Play, comisario general de la Exposicion.

Sus Excelencias M. Vuitry, ministro presidente del consejo de Estado; M. Duruy, ministro de Instrucción pública; el mariscal Niel, ministro de la Guerra, y el almirante Rigault de Genouilly, ministro de Marina, formaban parte del cortejo.

Sus Majestades, precedidas de la Comision imperial, recorrieron en toda su extension la plataforma circular elevada en medio de la galería de las máquinas. Los miembros franceses del jurado internacional (6º y 10º grupos), los miembros de las comisiones extranjeras y los miembros extranjeros del jurado internacional, fueron presentados sucesivamente.

Sus Majestades atravesaron despues el gran vestíbulo, donde fueron presentados los demás miembros franceses del jurado internacional y los diferentes comités instituidos cerca de la Comision imperial. De aqui pasaron á las salas de la galería de las obras de artes, donde se hallaban el personal de las casas de SS. MM. y de SS. AA. II. y RR., el Cuerpo diplomático, el Senado, el Cuerpo legislativo, el Consejo de Estado y los extranjeros de distincion llamados á Paris por esta solemnidad.

Sus Majestades, despues de haberse detenido algunos instantes en su pabellon, se despidieron de la Comision imperial, manifestando su mas completa satisfaccion por el resultado general de la Exposicion de 1867.

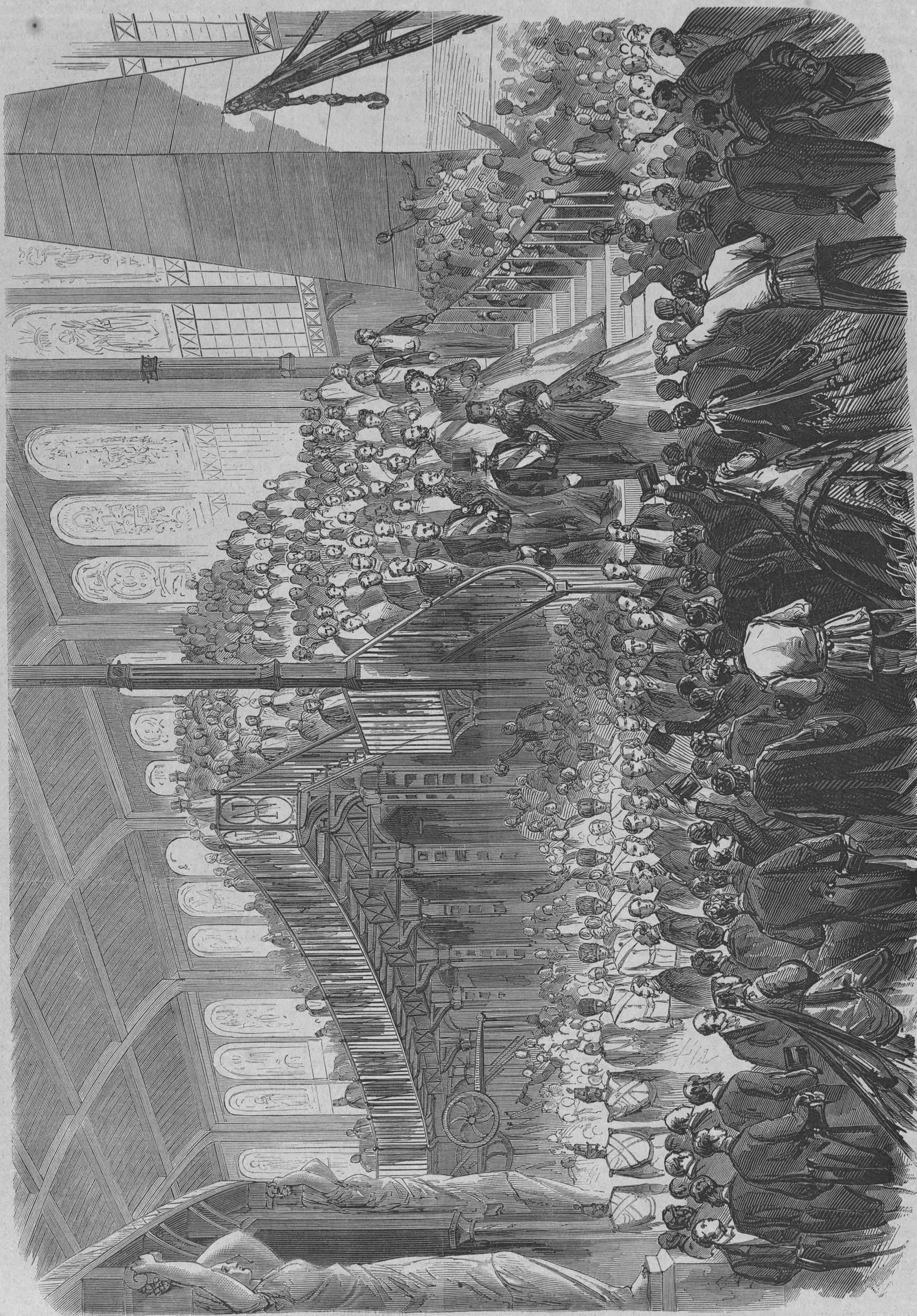
Sus Majestades volvieron á Tullerías á las cuatro y veinte minutos. Durante todo el trayecto, en el interior y en el exterior de la Exposicion, fueron aclamados con el mas vivo entusiasmo.

Una vez que se hubieron retirado SS. MM., la circulacion vino á quedar libre entonces, lo mismo en las galerías que en el parque. Aqui y acullá hemos visto instalaciones completamente terminadas y verdaderamente espléndidas: la cristalería de Baccarat, las cristalerías de Bohemia de M. Schreiber y sobrinos; las lozas y porcelanas de las fábricas Minton, Wedgwood, etc., etc. Tambien nosotros dimos la vuelta á la galería de las artes usuales y de las máquinas, admirando por una parte los arcos de triunfo ó los pórticos de honor de las comisiones rumana, turca, americana (del Sur); y por otra los vigorosos motores, las máquinas, los talleres con su personal de operarios hombres y mujeres, que desde lo alto de la plataforma producen el efecto mas pintoresco.

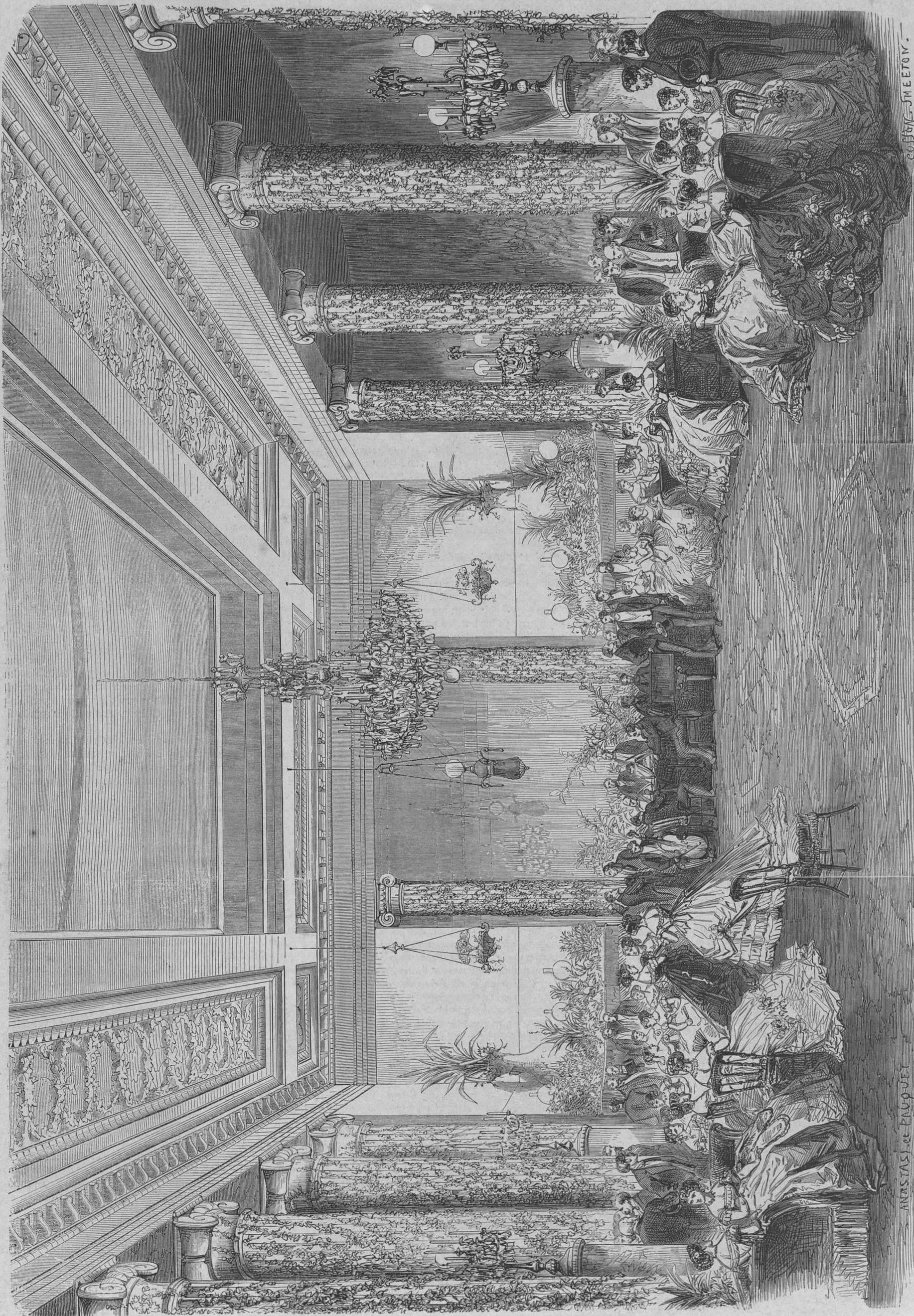
Pero la particularidad mas característica y notable de la Exposicion de 1867, es la parte aristocrática consagrada en el parque, en medio de los mil jardines creados como por encanto por el genio de M. Alphand y los brazos de sus hábiles colaboradores, á las celebridades de la industria francesa y á diversas industrias colectivas nacionales y extranjeras. Cada una de ellas tiene su kiosco ó pabellon, elegantemente construido, artísticamente dispuesto, ricamente amueblado con productos ó obras incomparables. Nada mas instructivo y agradable que este paseo de kiosco en kiosco, de sorpresa en sorpresa. Nombraremos de paso los establecimientos fotográficos de MM. Pierre Petit y Numa, que aun están por concluir; la capilla reservada á los objetos del culto, donde resuena el órgano, y que muestra á la vista deslumbrada algunas vidrieras magníficas de M. Leveque, de Beauvais; la deliciosa *Crèche*, de M. Marbeau; la foto-escultura de MM. Villème, de Marny y Clesinger; la electro-metalurgia de M. Oudry, que toca al pabellon imperial, y abunda en obras maestras de galvanoplastia y de fundicion cobriza; la platería, galvanoplastia, dorado y plateado de MM. Christoffe y Bouillet, resplandecientes hasta lo sumo; los depósitos de nieve, de MM. Mignon y Rouart; el palacio del bey de Túnez con su café árabe y sus salvajes cantares del desierto; el palacio de verano del virey de Egipto; la mezquita turca; el templo de Edson; los generadores de MM. Flaud y Giffard; los invernáculos, los estanques, los aquariums; los perforadores del monte Cénis; los instrumentos del istmo de Suez; etc., etc. ¡Qué de magnificencias! Es un mundo entero que hay que ver, contemplar y admirar.

El círculo internacional de MM. Carrey y de Valmy, con su sala de bolsa en el piso bajo, su inmenso comedor y sus salones particulares en el principal, es tan original como curioso. La sala de conferencias, en cuyo seno el movimiento material, industrial y comercial de la Exposicion, deberá trasformarse en movimiento intelectual, será hermosísima cuando esté terminada.

No hemos visto aun la Exposicion mas que de lejos y de paso, y estamos impacientes de asegurarnos por nosotros mismos si oculta en su seno un número suficientemente grande de novedades y de invenciones ricas de porvenir. Las novedades y las invenciones son el alma



Inauguración de la Exposición universal. — El emperador y la emperatriz dejando la sección inglesa, después de haber recorrido la galería de las máquinas.



COSSIGNÉ-JMEETON.

ANKSTASJ et FAUGUET

Recepciones de S. A. I. la princesa Matilde: Concierto en el invernáculo.

de una exposicion. Desde luego habrian debido concederlas un lugar aparte, un puesto de honor. Con gran ansiedad recordábamos ayer, en medio del ruido y de los esplendores que nos rodeaban, las bellas palabras de M. Dumas, presidente de la Sociedad de fomento de la industria nacional: «En primer término de los intereses industriales que merecen fomento ó proteccion, debe colocarse la *invencion*. No rechazemos á los inventores; pues si su vanguardia era indispensable á la industria francesa cuando encerrada en las leyes del bloqueo debia contar solo con sus propios recursos, ó cuando defendido por la proteccion no tenia rivales muy temibles, ¿por qué lo seria hoy menos cuando esta industria encuentra en su propio mercado la competencia y los recursos de la industria de todo el globo?»

F. M.

Revista de Paris.

El sábado último resonó en todo Paris un grito de alarma salido de la Bolsa. Los que frecuentan el templo levantado al tres por ciento y á las acciones de ferro-carriles y de sociedades anónimas, se espantaron con ciertas noticias venidas de Alemania, echaron los valores por los suelos y anunciaron á los parisienses, atónitos con esta tormenta inesperada, que era cosa inminente un rompimiento de hostilidades entre Francia y Prusia. La campanada produjo su efecto: al otro día no se hablaba en Paris mas que de la verosimilitud y proximidad de esta guerra presentada por los bolsistas, y aunque el gobierno ha dado explicaciones en la Cámara, de las cuales resulta que si bien es verdad que hay una cuestion pendiente relativa á la anexión del ducado del Luxemburgo, se espera firmemente que esta cuestion no turbará la paz del mundo, la zozobra general continúa poco mas ó menos lo mismo que antes. Excusado es decir que esta preocupacion que ha caído sobre los parisienses como una bomba, absorbe la atencion tan completamente, que casi se ha olvidado hasta la Exposicion universal, justo cuando principia ya á mostrarse con todo su brillo. Sin embargo, séanos permitido esperar que esta conmocion no durará mucho, y que ese gran concurso del Campo de Marte obtendrá la admiracion que le es debida.

El lunes último, primer día en que solo costaba un franco la entrada, el nuevo palacio recibió una gran multitud de visitantes. Mucho hay que admirar ya, aunque no todas las naciones tienen instalados todos sus productos. El Austria, la Prusia y la Rusia han concluido, y á la Bélgica y á la Inglaterra les falta muy poco. La seccion francesa es tan considerable (viene á ocupar como la mitad del palacio, segun habrán visto nuestros lectores en el plano), y los productos que expone tan variados, que no obstante lo que en ella se trabaja, aun queda mucho por hacer; España, muy adelantada en el parque, donde tiene ya en pié el notable edificio que tambien se ha visto dibujado en este periódico, lo está mucho menos en el palacio; pero todavía se hallan mas atrasados otros países, como verbigracia, la China y la Italia.

Sabido es que todo el edificio está rodeado por un paseo cubierto, al que dan las fondas, cafés, buffets y demás establecimientos de esta clase. Ahora bien, la tal seccion es la que mas pronto se ha encontrado lista y dispuesta á servir los diferentes artículos de consumo que se expenden en las naciones á que corresponden. Cada establecimiento de estos se distingue por su carácter particular.

El primero á la derecha, entrando por la puerta principal, es el de la Gran Bretaña, y á decir verdad, es el que hasta ahora se muestra mas brillante. Luego siguen los de los demás países, entre los cuales llaman la atencion las cervecerías bávaras, austriacas y prusianas, donde se bebe riquísima cerveza y se come un jamon que hace las delicias de los aficionados. La horchatería española está en el parque, esperando aun su coleccion de sirvientas valencianas. Por fin se llega al buffet ruso, que llama extraordinariamente la atencion, tanto por las mozas y mozos que allí sirven con su vestidura moscovita, como por la singularidad de algunos de sus manjares; cerrando todo el contorno la cocina francesa, donde se hallan comidas á todos precios. Por consiguiente, los visitantes de la Exposicion universal no solo pueden estar seguros de no morir de hambre, sino que pueden contar con encontrar allí los platos de su agrado.

Observando el catálogo publicado por la Comision imperial, que acaba de darse á luz, se comprende todo el tiempo que debe costar el hacerse cargo de una Exposicion tan múltiple y variada. Forma este catálogo dos tomos de un grueso poco comun y que se vende al precio módico de cinco francos. No hay duda que el coste de la impresion ha de ser mayor; pero en cambio hay la ganancia de los anuncios, que se han pagado caros.

En el prólogo de esta obra se dice que en las anteriores Exposiciones se habian redactado los catálogos por naciones; pero que teniendo distintos inconvenientes esta division, á fin de facilitar los trabajos del Jurado, la Comision imperial ha decidido publicar este catálogo por grupos separados, colocando á los expositores por nacion y por clase en cada uno de los grupos.

Sigue á este prefacio el sistema de clasificacion, extrac-

tado del reglamento general, y con arreglo á dicho sistema, aparecen diez grupos subdivididos en 95 clases; un resumen cronológico y estadístico de las Exposiciones industriales desde su origen, y por fin, un cuadro que indica el espacio de cada nacion y el número de expositores que hay este año.

La primera exposicion industrial tuvo efecto el año 1789. Para comparar los resultados de las diferentes exposiciones que se han sucedido, no hay nada mejor que tener á la vista el cuadro de las épocas en que se verificaron.

CUADRO DE LAS EXPOSICIONES.

	Expositores.	Recom-pensas.
La 1ª tuvo lugar en 1789	110	23
La 2ª — 1801	229	80
La 3ª — 1802	540	254
La 4ª — 1806	1,422	610
La 5ª — 1819	1,662	867
La 6ª — 1823	2,000	»
La 7ª — 1827	2,000	»
La 8ª — 1834	2,447	1,785
La 9ª — 1844	4,000	3,253
La 10 — 1849	4,532	3,738
La 11 — 1855	20,709	»

En cuanto al espacio que ocupan las naciones en la Exposicion universal de 1867, hé aqui los datos:

Francia, 61,300 metros. — Inglaterra, 21,650. — Austria, 7,900. — Prusia, 7,900. — Alemania, 7,900. — Bélgica, 5,900. — Italia, 3,250. — Rusia, 2,850. — Estados Unidos, 2,850. — Suiza, 2,700. — Holanda, 1,900. — América del Sur, 1,800. — Suecia y Noruega, 1,800. — España, 1,650. — Turquía, 1,450. — Estados berberiscos, 1,050. — Dinamarca, 950. — China, Japon, etc., 800. — Portugal, 700. — Grecia, 700. — Persia, 700. — Estados Pontificios, 550. — Principados Danubianos, 550. — Egipto, 400. — Total, 140,200 metros.

Se ha de advertir que aqui no se incluyen los metros ocupados en el parque y en el jardin de horticultura, pues de ser así cambiarían considerablemente los guarismos de casi todas las naciones.

Por último, el número total de expositores en 1867 asciende á 42,217.

Esta Exposicion universal tiene en movimiento á la gente de muchas poblaciones de Europa. En las grandes capitales se organizan expediciones en masa, y entre tanto los viajeros aislados llenan ya los hoteles parisienses. Tanto es así, que los señores dueños de estos hoteles, queriendo aprovechar esta ocasion magna, han elevado los precios, este un veinte, aquel un treinta, el otro un cincuenta por ciento. En el Gran Hotel se ha hecho esta importante reforma con una cortesía inusitada. A principios de abril, y el día menos pensado, los huéspedes tuvieron la agradable sorpresa de hallarse en el cuarto una circular concebida en los términos siguientes:

«AVISO Á LOS SEÑORES VIAJEROS. — La direccion del Gran Hotel y del hotel del Louvre tiene el honor de acompañar adjunto un ejemplar de la nueva tarifa que será aplicada á contar del 5 de abril corriente.»

Y en efecto, habia una lista de precios que no queremos señalar á continuacion, porque no tenemos ninguna animosidad contra los dueños de estos magníficos establecimientos.

No solo en los barrios principales de Paris se hace sentir esta carestía en la vivienda y en los artículos de consumo, sino que aprovechando tambien la coyuntura hasta en los barrios mas apartados del movimiento y del bullicio, los hoteleros, como si se hubiesen dado el santo y seña, se apresuran á seguir la corriente. En el barrio latino esta funesta tendencia ha estado á punto de provocar alguna turbulenta manifestacion; pero afortunadamente ha habido estudiantes que han sabido dar un rumbo mucho mas conveniente á la protesta. Citaron pues á una gran reunion en el anfiteatro de la Escuela de Medicina, y allí, despues de un solemne debate, se adoptaron estas resoluciones:

«Artículo primero. Todo estudiante á quien se proponga en la casa en que vive un aumento cualquiera, se negará á acceder, y dejará el hotel si no se le da una completa satisfaccion.

» Inmediatamente pasará aviso á un comité nombrado al efecto.

» Art. 2º Tambien se enviarán á este comité los nombres de los hoteles que hayan mantenido sin variacion sus antiguos precios.

» Art. 3º El comité se compondrá de doce delegados encargados de centralizar y de publicar las diferentes noticias que reciban.

» Art. 4º Se formarán dos listas: una de los hoteles en donde se haga aumento de precios, y otra de aquellos en los que se conserven los precios antiguos.

» Estas listas se publicarán y se tendrán á la disposicion de todo el mundo.

» Art. 5º A la entrada de las clases en el otoño próximo, los estudiantes cuidarán de no hospedarse en los hoteles señalados, porque en ellos hubo aumento; los darán á conocer á sus compañeros recién llegados, y desde luego tratarán de alejar de ellos á cuantos viajeros conozcan.»

Y firma el comité compuesto de diez miembros pertenecientes á las facultades de derecho, medicina y farmacia.

No dejará esta manifestacion de producir su efecto.

Vamos á contar ahora la historia de una infeliz mujer, cuyas aventuras han referido largamente los periódicos de la semana.

Todos los soldados del ejército francés que desde hace quince años han dado guarnicion en Vincennes ó en Versalles, conocen á la REINA DE LOS BOSQUES, cuya triste historia puede resumirse en estos términos:

Cuando estaba en sus veinte primaveras, era una de las muchachas mas bonitas que habia en el barrio del Temple, donde sus padres tenian una tienda de ropa hecha.

Esta jóven se casó con un mecánico, y vivió muy dichosa hasta 1846, época en la cual su hijo único, á quien queria entrañablemente, se empeñó en sentar plaza, sin que su madre pudiera disuadirle de su intento. Con efecto, á pesar de todos los ruegos y todas las instancias, se alistó en los cazadores de infantería, y la primera expedicion que emprendió el hijo, fué para la madre el primer motivo de pena.

En el año 1848 el padre del soldado halló la muerte en las barricadas, y entonces la viuda, deshaciéndose de lo que habia dejado el difunto, realizó una suma cuya renta habria bastado para proporcionarle una existencia apacible. Sin embargo, lo que hizo fué ir á ver á su hijo que estaba de guarnicion en Vincennes, para ofrecerle su rescate del servicio; mas él se mantuvo firmemente resuelto á continuar en las filas.

Prometiéndose la viuda que tarde ó temprano lograria vencer su resistencia, tomó habitacion en Vincennes, para estar á su lado; y cuando despues pasó él á Versalles, ella le siguió igualmente.

Mas hé aqui que el jóven soldado marchó á Africa, y ya su amantísima madre se disponia á marchar tambien, cuando supo que habia muerto en un combate con los árabes.

Para colmo de desgracia, en este mismo tiempo, un hombre á quien la viuda habia confiado su modesta fortuna, hizo quiebra, de cuyo modo se vino á encontrar arruinada completamente de la noche á la mañana.

Su razon no pudo resistir á tantos infortunios, y bajo el imperio de una triste monomanía, se la vió casi diariamente en los cuarteles de Vincennes ó de Versalles, preguntando por su hijo.

Hallábase en la mas completa miseria; y careciendo de asilo la mayor parte de las veces, se refugiaba en los bosques de Vincennes ó de Satory. Así es que habia venido á ser para los soldados, que la habian apellidado la REINA DE LOS BOSQUES, una leyenda viva: cuando la veian, no podian menos de experimentar un sentimiento de respeto y de conmiseracion por esta infeliz madre que iba pidiendo su hijo á todos los ecos.

Por esta razon atendian á ella todo cuanto les era posible: la daban alimento, y las vivanderas cuidaban de vestirla. Detenida á menudo por los gendarmes ó los guardas forestales, ha sufrido varias condenas por falta de domicilio; pero así que salia de su encierro, volvía inmediatamente á los lugares que la recordaban su hijo perdido para siempre. Por fin, esta desdichada ha muerto llorando á este hijo tan querido.

A propósito de necrología curiosa, señalaremos otra defuncion de la semana, que forma un inmenso contraste con la de la misera viuda. M. Greffulhe, uno de los hombres mas ricos de Francia, si no el mas rico, ha fallecido en la noche del juéves, á la edad de noventa y dos años.

Toda su vida ha padecido un horrible mal, unos dolores nevrálgicos en la cabeza, que le atormentaban casi sin tregua, y durante cincuenta años no cesaba de decir á sus amigos, que no se acabaria el año sin que le llevasen á él á la sepultura.

La fortuna que ha dejado se calcula en 120.000.000 de francos, fortuna líquida que puede hacerse efectiva fácilmente, pues consiste toda ella en valores moviliarios. M. Greffulhe no ha hecho otra cosa para aumentar esta gran riqueza, que descontar letras á un precio siempre inferior al del Banco de Francia; pero eso sí, no tomaba ninguna de menos de 100.000 francos, y daba la preferencia al papel inglés, acompañado, por supuesto, de las primeras firmas.

Este opulento capitalista era un solteron, y le heredarán dos sobrinos.

De muertos á cementerios no se necesita transicion alguna. Hé aqui, pues, una novedad que nadie se esperaba. M. Haussmann no quiere que los parisienses se entierren en Paris, sino que le parece mas oportuno enviarlos á otro departamento.

Dias pasados se ha leído en el Senado un curioso dictamen sobre la traslacion de los cementerios de Paris á veinte y cinco kilómetros de la capital. Este proyecto ha suscitado muchas objeciones y quejas; pero el gobierno lo ha aceptado decididamente, y aun ha empezado en parte á ponerlo en práctica, puesto que el prefecto del Sena ha comprado por mas de 1.000.000 de francos de terrenos en la comarca designada por los ingenieros oficiales como mas á propósito. Con esto se va á introducir una verdadera revolucion en las costumbres y en los hábitos de las familias: por eso son tantas las quejas. Pero todo será inútil, pues la cosa está resuelta.

El nuevo campo santo estará situado al extremo del valle de Montmorency, punto donde se extiende una inmensa meseta de unas 4.000 hectáreas, cuya superficie, ligeramente inclinada, se halla en parte cubierta de bosque. Su porcion culminante, que se encuentra cerca de Mery, está á 90 metros sobre el nivel del Oise. La capa que cubre el

suelo, de base calcárea, es un terreno arenoso cuyo grueso varía de 2 metros 50 á 10 y 12 metros.

Las condiciones geológicas de este lugar son muy diferentes, é higiénicamente muy superiores á las de los cementerios de la capital. Aquí no hay que temer ni las filtraciones ni los miasmas que se producen en los terrenos de los cementerios parisienses.

Su forma viene á ser la de un triángulo: los accidentes de terreno que presenta permitirán establecer en él sitios variados y pintorescos que destruirán la uniformidad y la tristeza naturales que son inherentes á todo lugar de sepultura.

Su situación á 25 kilómetros de la capital obligará á la administracion á construir un ferro-carril especial que, partiendo del cementerio del Norte, empalmará primeramente con el camino de hierro de Cintura, y luego en la estación de Ermont con las líneas del Oeste y del Norte. Así se establecerá un servicio suficiente, no solo para los convoyes fúnebres, sino también para los visitantes.

En suma, según el proyecto, todas son ventajas; pero desgraciadamente, no lo entienden así los parisienses que tendrán que hacer mas de cuatro leguas cada vez que quieran visitar el cementerio, esto amen de otros inconvenientes largos de enumerar: y lo entienden muchísimo menos los habitantes de ese precioso valle de Montmorency que se va á convertir en un lugar de muertos. Pero repetimos que es cosa que se da por resuelta, y por lo tanto serán vanas las protestas y reclamaciones de Paris y de los lugares en cuya vecindad se encontrará el nuevo cementerio.

Concluyamos con nuestra revista teatral, que no será larga esta semana. La única novedad es un drama del célebre publicista Emile de Girardin, titulado la *Hija del millonario*. La idea fundamental de esta producción es la siguiente, explicada por el autor en el prólogo de su obra:

«Este estudio, mas bien que comedia, demuestra á los que acaban de hacerse ricos cómo pueden ennoblecerse. Si es bueno que hagan de su fortuna un uso que aproveche á todo lo que el dinero debe socorrer generosamente, á todo lo que puede fomentar de un modo útil, no les preguntemos cómo la han hecho, sino cuál es el uso que hacen de ella: dirigió á la emulación, que es un sentimiento elevado; no os dirijais á la envidia, que es la mas baja de todas las pasiones.»

M. de Girardin añade que esta comedia, producto de algunos ratos de ocio, no la escribió con ánimo de que se representara; y en efecto, habria sido de desear que persistiera en este propósito, pues le faltan muchas de las cualidades esenciales que dan vida y acción á una intriga dramática. Por esta razón prescindiremos aquí de hacer el análisis de su argumento, y diremos para terminar que el éxito no ha correspondido á las esperanzas que dió el autor del *Suplicio de una mujer*, aquella célebre pieza que suscitó una disputa tan original entre Girardin y Alejandro Dumas hijo, y cuya paternidad no aparece bien clara todavía.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

OBRAS DE MISERICORDIA.

SEXTA.

Hay unos ojos muy tristes
Clavados siempre en los míos,
En cuya larga mirada
Hondo pesar adivino.

Ojos que tienen palabras
Cual las páginas de un libro,
Ojos que entonan plegarias,
Ojos que lanzan gemidos.

Tristes ojos, donde siempre
Encuentro cuando los miro,
Reconvenciones amargas,
Despecho mal comprimido.

Si en dulces juegos y danzas
Trabajo y penas olvido,
Me encuentro con esos ojos
Secos, inmóviles, fijos;

Que su porcion me reclaman
De los bienes repartidos,
Entre todas las criaturas
Por la mano del Altísimo.

Si tiendo á mi hijo los brazos
Que preguntan imagino:
«— ¿Tendrá lugar el esclavo
Para abrazar á sus hijos?»

Cuando á los piés de mis lares
Mis ofrendas deposito,
Y entono con mi familia
Llena de fervor un himno:

— ¿Cuál es el Dios del esclavo?
Preguntan enternecidos,
El que le mandan que adore
La crueldad y el despotismo.

Mas viene mi hijo: — ¿qué exiges
Hoy de mi amor? — El castigo
Del esclavo. — ¿Qué te ha hecho?
— ¡Señor!... — Padre, me maldijo.

— ¡Ah, malvado! ¿por qué causa
Cometiste ese delito?
— Señor, porque el hijo vuestro
Estaba azotando al mio.

— ¿Y qué piensas, desgraciado,
Que deba yo hacer contigo,
Dí? — Que lo digan mis ojos,
Pues yo no puedo decirlo.

— Castigadle, padre. — Calla...
Esclavo, yo te redimo...
— ¿Por qué, señor, tanta gracia?
— Porque tus ojos me han dicho:

« Si todos somos hermanos,
¿Por qué tenerme oprimido?
¿Con qué derecho, responde,
Dispones de mi albedrío?»

Y por último, esos ojos
Dicen bajos y sumisos
Con expresion dolorosa...
— ¿Qué? «— ¡Redimir al cautivo!»

URSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

Bayamo. — Isla de Cuba.

Estudios de historia natural.

PÁGINAS SUeltas.

(Conclusion.)

Un dia herborizaba en una montaña cascajosa. El ambiente era caluroso, el sol lanzaba perpendicularmente sus rayos sobre mi cabeza, y para descansar me senté á la sombra sobre un fragmento de peñasco. No tardé en ver una víbora (*Coluber berus*, Lin.), que saliéndole de bajo de una cepa, fué á tenderse al sol á seis piés de mí. Tenia el cuerpo muy hinchado hácia la region del estómago, lo que me hizo creer que acababa de tragarse un animal bastante voluminoso. De repente abrió la boca como para bostezar, y con gran sorpresa mía ví salir de su esófago al principio, un pequeño viborezno, luego un segundo, un tercero, y así sucesivamente hasta que conté diez y seis. Cerró entonces la boca la víbora, y solo se ocupó en velar á sus hijos, que jugaban al sol; si alguno se separaba demasiado del grupo, lo conducia suavemente con su hocico, y ví muy distintamente cómo los lamia unos tras otros con su blanda lengua ahorquillada.

En esto hice quizás un movimiento de pavor; percibíéndome el reptil, irguió la cabeza hácia mí con un gesto de temor y de ira, la bajó luego hácia tierra, y dando un largo silbido, abrió la boca como antes. Los viboreznos, que tendrian á lo mas la magnitud de un gusano de tierra, se precipitaron muy asustados en su garganta, y desaparecieron en ella unos tras otros. Cerró la boca la víbora, y se apresuró á esconderse en su escondrijo, llevando su familia en el estómago. El pavor en que me encontraba no me dejó hacer el menor esfuerzo para matarla.

La historia del sapo pipa (*Rana pipa*, Lin.) no es menos singular. Este animal vive en Cayena y en Surinam, en los parajes mas oscuros de las casas. Cuando ha puesto los huevos, el macho los coloca en el dorso de la hembra, y los riega con su leche: despues se va ella al agua, y su piel se hincha, se arruga y forma profundas celdas con sus dobleces, en cada una de las cuales se encuentra alojado un huevo. Cuando los animales salen del cascaron pasan en ellas todo el tiempo que allí subsisten bajo la forma de renacuajos, y no salen hasta despues de haber desarrollado las patas y perdido la cola.

Las tortugas, animales tan vividores que, despues de habérseles cortado la cabeza, se han visto menearse, ir

y venir por espacio de muchas semanas, las tortugas, digo, tienen el admirable instinto de contar con exactitud los dias y las horas, cuando á ello las incita el amor materno. La tortuga franca (*Chelonia mydas*, Cuv.) padece en grandes cuadrillas las algas del fondo del mar, y se acerca á las playas, á la embocadura de los rios, para respirar con mas comodidad. En verano sale del mar cuando hace un tiempo seco y cálido, busca en la ribera un paraje arenoso expuesto al Mediodia, y haciendo en él un agujero con sus patas, deposita allí una gran cantidad de huevos, los vuelve á cubrir de arena, y se vuelve al agua, pero sin apartarse de la ribera. Calentado el terreno por los ardientes rayos del sol, nacen los huevos despues de cuarenta dias de incubacion; mas los hijuelos, harto débiles y apocados, quedan enterrados en la arena por no poder salir de allí. Así es que en breve perecerian, si no acudiese la madre el dia fijo á prestarles su auxilio antes del calor del dia. Ella los desentierra y les ayuda á salir del agujero, llevándolos al mar, y protegiéndolos con todas sus fuerzas durante el camino. Si llegase una hora mas tarde, los abrasadores rayos de un sol perpendicular los secarian, matándolos antes que tuviesen tiempo de llegar al agua. Pero á pesar de todos sus desvelos, las aves de rapiña que atisban en las cercanias, le roban una buena parte de su parva; y no obstante su afan en apresurar su marcha, es raro que aquella desconsolada madre logre poner á cubierto de sus numerosos enemigos la tercera ó cuarta parte de sus hijuelos, haciéndoles entrar debajo de las olas.

Las mas de las aves defienden el nido con bastante valor, pero rara vez se atreven á resistir al hombre. Sin embargo, hay una que nunca titubea en arrojar sobre este tirano de la naturaleza, si amenaza á sus hijos. ¿Cuál es el morador de los aires que tiene el denuedo de arrostrar á este sér poderoso y temido? ¿Será el águila de afiladas garras, el condor que se cierce en la nube, el lamergeyer que arrebata cervatillos? No, es el pájaro-mosca, cuyo cuerpo no es tamaño como un abejorro. Esa primorosa miniatura (*Trochilus magnificus*) tiene el pico recto y el plumaje de un hermoso brillo metálico; un lindo moño adorna su cabeza, y sus megillas llevan dos blancas gorgueras que producen el mas hermoso efecto; su vuelo es precipitado, irregular, muy rápido, y se le ve sin cesar zumbiar al rededor de las flores al modo de la mariposa tan comun.

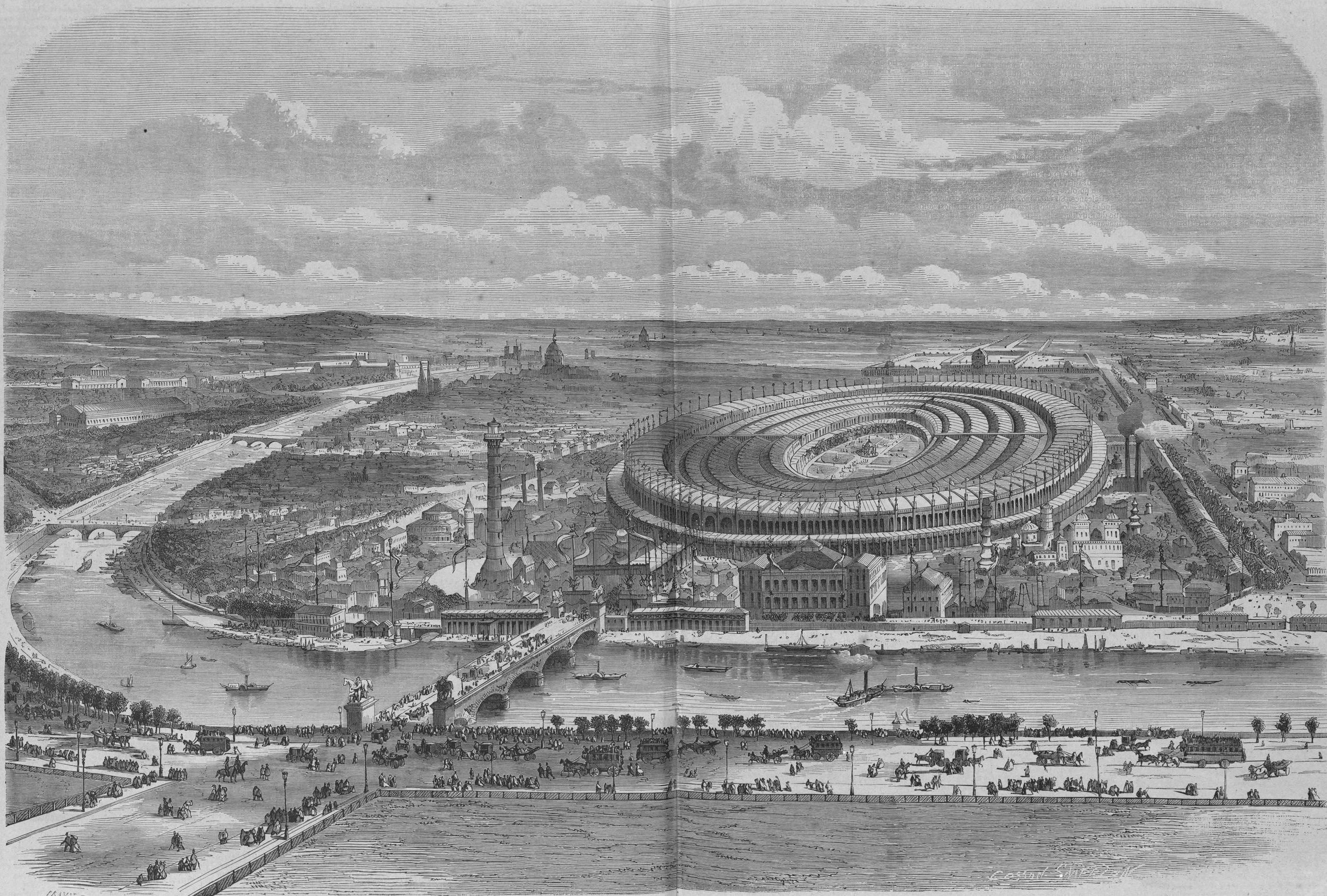
El pájaro-mosca y el colibrí están adornados de colores metálicos brillantes como las piedras preciosas; sus plumas, cortadas en forma de escamas, reflejan, con sus quiebras, los mas bellos matices del arco-iris; su lengua, ó por mejor decir, su trompa, se alarga como la de las mariposas, y les sirve igualmente á la manera de una bomba, para extraer el néctar, de que se alimentan, del fondo del cáliz de las flores. Viven aparejados, y el macho no permite que otra familia vaya á establecerse al rededor del arbusto donde su hembra asentó su nido y su domicilio. En este caso, pelean con una animosidad de que no hay ejemplo en ninguna otra ave; y solo con su muerte cede el vencido al vencedor el jazmin ó el naranjo en que habita.

La hembra construye el nido con mucho artificio en la bifurcacion de una ramita, muchas veces en el hueco de una hoja ó de una flor; su parte exterior es de algodón, y la interior de plumitas finas y sedosas, que recoge en los granos de ciertas plantas. Empolla con suma paciencia sus huevos, los que son algo mas gruesos que cañamones, y durante todo el tiempo de la incubacion, el macho vela por la seguridad de su familia naciente, emboscado á corta distancia, con el cuerpo medio escondido en la larga corola encarnada de un jazmin de Virginia. No teme á las aves de rapiña ni á los carniceros mamíferos, de quienes se libra por su pequeñez; pero tiene dos enemigos formidables, dos seres igualmente pérfidos, el hombre y una araña; y nunca vacila en arrojar sobre ellos, cuando se ve amenazada su nidada.

La araña llamada migala avicular (*Mygale avicularia*, Latr.) tiene una pulgada y media de largo, es decir, es dos ó tres veces mas gruesa que el pájaro-mosca, es negruzca, muy velluda, y tiene la boca y los piés rojizos. Sale mañana y tarde de la caverna en que habita, y divaga por el campo en busca de presa. Si el pájaro-mosca la ve trepando por el arbusto en que se encuentra el objeto de sus mas tiernos afectos, lleno de temor y rabia, se arroja sobre el monstruo, le acomete intrépido, vuela dando vueltas con rapidez al rededor de él, le hostiga por delante, por detrás y por los flancos con tanta viveza, que á veces llega á aturdirle y le obliga á retirarse. ¡Mas ay! las mas de las veces, envuelto en unas patas largas y velludas, sujetado entre dos garras agudas y ponzoñosas, muere victima de su rendimiento. El monstruo lo arrastra en su retirada, lo devora, y vuelve á completar el desastre de la familia, apoderándose de la madre y de su parva.

Otras aves inspiradas por el amor paterno saben hermanar la astucia al valor para desviar el peligro de su familia. Escogeremos por ejemplo el tadorno (*Anas Tadorna*, Lin.), que es un gran pato que se encuentra con frecuencia en nuestras costas, y regularmente anida en las orillas del Báltico. Es blanco, con la cabeza verde; en derredor del pecho tiene una cintura acanalada, y los matices del ala son variados de negro, blanco, encarnado y verde; su pico y la prominencia carnosa de su frente son de un rojo subido, y los piés de color de carne.

Esta hermosa ave busca en las dunas un agujero abandonado por los conejos, el que agranda y limpia, y guarnece el fondo con algunas yerbas secas para es-



ASPECTO GENERAL DE LA EXPOSICION UNIVERSAL, vista tomada del Trocadero.

tablecer allí su domicilio. La hembra construye el nido con plumitas que se arranca de debajo del cuerpo, pone los huevos y los empolla, mientras que el macho está de centinela en la entrada de la madriguera. Cuando han nacido sus hijuelos, sus padres los conducen al mar todos los días; mas este paseo no se verifica sin tomar las mayores precauciones para evitar hasta la apariencia del peligro mas remoto. Ante todo sale el macho de la madriguera y pasea por el campo sus escudriñadoras y penetrantes miradas; si no percibe nada que le inspire desconfianza, vuelve á entrar, y da la señal de partir: entonces se pone en camino á toda priesa la parva guiada por la madre. El padre camina delante, y sube á trechos en una roca ó en un montón de arena para ver á lo lejos lo que pasa en los campos. Si en el horizonte descubre un cazador con su perro, da el grito de alarma, y los hijuelos se dispersan y esconden en las malezas debajo de espesas mazorcas de yerba, ó se agachan, quedando inmóviles, mientras que la madre se aparta, pero sin perderlos de vista.

Ya no se trata sino de hacer tomar al cazador una dirección opuesta. Para esto echa á volar el macho, y va á caer cerca del perro, pero fuera del alcance de la escopeta del cazador. Revuélcase por el suelo y exhala lastimosos alaridos, como un animal herido y á punto de espirar. El perro se lanza sobre él; mas el tador, que acecha sus movimientos, corre arrastrando las alas, cae, se vuelve á levantar, revolotea, y está siempre á punto de dejarse prender; mas nunca lo consiguen, pues todas estas astucias son meditadas y ejecutadas con una habilidad que pasma. El perro, llevado de su ardor cree á cada instante cogerlo, y á cada instante le ve escapar como por un postrer esfuerzo; igualmente equivocado el cazador, no deja de correr detrás de su perro, alentándole con sus voces y gestos. Durante esta escena, está la hembra en observación, y luego que ve remoto el peligro, vuelve en busca de sus hijuelos, los llama, y cuando los tiene reunidos, los conduce al mar á toda priesa y se aleja con ellos de la ribera.

El macho, que ya calculó el tiempo, sabe que sus hijos están fuera de peligro, y entonces volviendo en sí de su fingida enfermedad, da un grito de júbilo, y lanzándose en el aire, llega al mar con vuelo poderoso y robusto, se junta con su familia, y deja al perro y al cazador á un cuarto de legua del paraje en que habían creído cogerle, tan atónito el animal como su amo.

El macho de la perdiz parúa emplea algunas veces la misma maña para alejar al cazador de su nidada.

Muchísimas arañas manifiestan igualmente un amor sumo á su posteridad naciente. Casi todas preparan una cuna de seda para depositar sus huevos, que velan sin perderlos nunca de vista hasta que han nacido. La forma de la cuna es muy variada según las especies, pero siempre está construida de modo que pone á sus hijos al abrigo de la intemperie, y les proporciona una cama blanda y caliente. La de la epeira fajada (*Epeira fajata*, Walck.) tiene la magnitud de una nuez, y se asemeja á un globo rayado longitudinalmente de negro; uno de sus extremos es truncado y se abre por una pequeña cobertera móvil, chata y sedosa. Las licosas (*Lycosa*, Latr.) envuelven sus huevos en un capullo de seda que se atan al extremo del cuerpo, y lo llevan consigo cuando van á la caza. Si se quiere coger el de la licosa con saco (*Lycosa saccata*, Latr.), especie muy común en las inmediaciones de París, hace esfuerzos inauditos para defenderlo, manifiesta una inquietud mortal cuando se lo arrancan, y sigue, dando saltos, á la mano raptora, hasta que se lo han restituido, y entonces se lanza precipitadamente sobre él, y cogiéndolo huye con rapidez llevándose su precioso tesoro. Cuando han nacido los hijuelos, se aferran en el dorso de su madre, y quedan allí pegados hasta que tienen la edad suficiente para proveer por sí mismos á sus necesidades y á su seguridad. Las dolomedas (*Dolomedes*, Latr.) depositan el capullo en su habitación sedosa, pero nunca salen sin llevarlo consigo, y para esto se lo atan al pecho. La hembra del alacran (*Scorpio europæus*, Lin.) es de admirar en cuanto pare sus hijuelos vivos; los lleva en su dorso como la licosa, y no los abandona hasta que pueden prescindir de sus desvelos.

Algunos de mis lectores habrán notado sin duda en la corteza de nuestros árboles unos cuerpecitos ovalados, en forma de broquel ó de escama, que están allí pegados. Son cochinillas (*Coccus*, Latr.), de las que hay una especie, la cochinilla del nopal (*Coccus cacti*, Latr.), que da al comercio el color encarnado mas hermoso. Entre estos animales, el féretro y mortaja de la madre sirven á los hijos de cuna y pañales. Si se observan las hembras en la primavera, se ve que su cuerpo lleno de huevos adquiere por grados un gran volumen, y que acaba por asemejarse á una agalla, ya esférica, ya en forma de riñón, etc. La piel de los unos es llana y lisa, la de los otros ofrece incisiones ó vestigios de segmentos. En este estado se aparejan las cochinillas, y luego despues ponen un número considerable de huevos. Al principio les preparan un lecho que revisten de plumitas blancas. Conforme los van poniendo, los hacen pasar debajo de su vientre, y mueren luego para que, secándose su cuerpo, les forme un capullo sólido, una especie de escudo que los cubra y proteja. Ese capullo, en las especies esféricas, toma la forma de una caja en donde se encierran los huevos, y los hijuelos la abren luego de nacidos para salir de allí y dispersarse.

El amor maternal tiene tanta energía en el corazón de ciertos animales, que les inspira á veces acciones opuestas de todo punto á sus hábitos. De esto puedo citar, entre otros, un ejemplo que yo mismo presencié

con un amigo en la selva de Fontainebleau, donde cazábamos: una gamuza, acompañada de su hijo, estaba apacentando cerca de un matorral enmarañado, cuando columbró un lobo hambriento que atistaba á su hijo para arrebatarlo. La cuidada madre, olvidando su propio riesgo, se lanza entre su hijo y su terrible enemigo; mas ¡ay! está sin defensa, no puede dejar de morir, y su muerte no le salvará. Tendrá el monstruo dos presas que devorar en vez de una. Harto pequeño aun el gamucillo, no puede evitar el trance con la fuga; no tiene remedio, ha de perecer. Pero la madre puede salvarse abandonándole á su destino fatal. ¿Qué hará? su corazón materno la inspira. Aunque su boca no sea adecuada para coger y llevar un objeto de cierto volumen, hace un esfuerzo orgánico, coge al gamucillo por la piel de la espalda, y levantándolo se lo lleva, huyendo con la rapidez de la saeta, mientras que la fiera corre en su persecución.

Estábamos nosotros sentados al pié de una de aquellas singulares rocas de piedra arenisca que están como esparcidas al acaso en medio de la selva, cuando la pobre gamuza pasó por en medio de las rocas á treinta pasos de nosotros, jadeando de cansancio, y el lobo le iba al alcance. Su enemigo, que nos vió, se paró titubeando; mas dos escopetazos que le disparamos, aunque de muy lejos, le hicieron mudar de camino precipitadamente, y la gamuza y su hijo se salvaron...

M. DE F.

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— Señor, contestó Rugieri con una mirada suplicante, disponed de mi vida, pues os pertenece. No me importa expiar mis crímenes en un cadalso; pero permitidme llevar á mi hija á un paraje seguro donde pueda ocultar su vergüenza. Despues de esto iré al Louvre, y haré revelaciones que asegurarán la caída de Catalina y la destrucción de ese maldito Gonzaga. No lo dudeis, caballero; tengo que vengar á mi hija, y mi venganza será terrible; bien me acompañen vuestros guardias ó bien vaya solo, podeis contar conmigo bajo mi palabra.

Crichton permaneció un instante sumido en sus reflexiones.

— ¿Estais seguro de que esa desgraciada jóven es vuestra hija? preguntó despues de una pausa.

— Escuchadme, caballero; si la voz de la naturaleza hubiera permanecido muda en mi corazón; si ningun sentimiento paternal me hubiese arrastrado instintivamente hácia esa infortunada jóven, y si la semejanza con su madre no fuese tanta, me habria convencido de que es mi hija solo al ver el talisman que llevaba en el cuello. En mis juveniles años me enamoré ciegamente de una dama llamada Ginebra Malatesta, hija de una familia noble, pero arruinada, y aun cuando al principio no fuí correspondido, logré mi objeto á fuerza de oro. Una niña fué el fruto de nuestras relaciones, y los remordimientos hicieron huir á la madre, á quien ya no pude volver á encontrar. Acusado de prácticas de magia, me vi precisado á salir de los Estados de Venecia, y á la muerte de Enrique II, pasé á la corte de Francia para servir á Catalina de Médicis. Ya sabeis mi historia, caballero; dócil instrumento de la reina madre, la he ayudado en todos sus ambiciosos proyectos, cometiendo mil iniquidades de que ahora me arrepiento. ¡Ay de mí! he vegetado en el crimen y la impenitencia, y tengo horribles remordimientos; pero antes de morir, quisiera vengar á mi hija y recomensar vuestra noble conducta.

— ¡Chit! dijo Crichton, ya vuelve en sí.

— Es verdad, repuso Rugieri, mirando con ansiedad las facciones de la jóven, agitadas en aquel instante por un movimiento convulsivo. ¡Dios quiera que no le vuelva la memoria con el sentimiento!

Mientras hablaba, abrió Ginebra los ojos, y sus miradas denotaron que aun no habia vuelto á la razón.

— ¡Crichton! exclamó, lanzando un profundo suspiro. ¡Crichton, Crichton!

— Ginebra, contestó el escocés con dulzura, estoy cerca de vos; no temais nada.

— Estais en seguridad, hija mia, dijo el astrólogo, oprimiendo á Ginebra tiernamente contra su pecho; ningun mal os sucederá.

Pero la jóven se apartó con terror del astrólogo, lanzando un grito agudo y prolongado.

— ¡Oh! ¡Dios mio! tened piedad de ella, exclamó Rugieri; ha perdido la razón.

— No, no, no estoy loca, gritó Ginebra; ¡ojalá que lo estuviese! Desgracias como la mia solo hallan consuelo en la locura; soy demasiado desdichada para estar loca. Te conozco muy bien, tú eres el agente de ese desapiadado príncipe. ¡Oh!...

Y los sollozos ahogaron su voz.

— Soy tu padre, Ginebra, exclamó el astrólogo.

— ¡Mi padre! replicó la jóven con amargura; pues bien, entonces mi padre me ha perdido.

— Yo te hubiera defendido á costa de mi vida, dando

muerte á ese infame príncipe; yo hubiera dado hasta la última gota de mi sangre antes de permitir que tocasen á un solo cabello de tu cabeza.

— ¿Dónde está el amuleto que llevaba al cuello? preguntó Ginebra.

— ¡Ay! en un momento fatal te lo arrebate.

— ¿Tú? exclamó Ginebra; entonces me has perdido, y no puedes ser mi padre; déjame.

— Yo no conocia las virtudes de ese talisman, ni sabia tampoco su procedencia, repuso Rugieri.

— Era un don de mi madre moribunda, dijo Ginebra; su maldición caiga sobre tu cabeza.

— Ya la siento, replicó el astrólogo; pronunciada por tu boca es doblemente terrible.

— Entonces estoy contenta, dijo Ginebra con energía; apártate de mí.

— ¡Hija mia, hija mia! exclamaba el astrólogo con el acento de la desesperación.

— Si eres mi padre, déjame en libertad ó máfame: ¿eres tú por ventura quien me ha quitado el punal mientras dormia?

— No, lo juro por la memoria de tu madre ultrajada, contestó Rugieri. Nada sé de lo que ha sucedido desde que abandonastes mi protección.

— ¡Tu protección! repitió Ginebra, no pienses engañarme; mi madre me dijo que mi padre era un sér á la vez abandonado de Dios y de los hombres; que habia vendido su alma al demonio; que adoraba falsos dioses; que preparaba venenos y que habia obtenido su amor por la magia y otros diabólicos artificios. ¿Eres tú ese hombre?

— Sí, yo soy, Ginebra, contestó Rugieri con voz cavernosa.

— Entonces, ¡maldito seas! déjame.

— ¿Y á dónde irás, hija mia? No tienes ningun amigo sobre la tierra mas que tu desgraciado padre.

— Es falso, tengo uno que no me abandonará.

— Teneis razon, dijo el escocés; en mi hallareis un hermano.

— ¡Crichton! exclamó Ginebra.

Y dejó caer su cabeza sobre el pecho.

— ¡Está muerta! gritó el escocés aterrado; el golpe ha sido demasiado violento.

— No, señor, repuso Rugieri con acento melancólico; sus tormentos no han acabado aun, y si me lo permitis, voy á trasportarla al convento de San Eloy mientras está privada de sentido.

— No sé qué hacer, replicó Crichton recorriendo la cámara á grandes pasos. Cosme Rugieri, exclamó de pronto deteniéndose, como padre me inspiras compasión, pero tu vida, según acabas de confesarlo, ha sido una larga serie de crímenes. Con nadie fuiste sincero, y yo no quiero fiarme de ti.

— Caballero, contestó Rugieri, creed que no merezco vuestras sospechas; concededme lo que pido, y me hallareis dispuesto á todo; pero de lo contrario, el tormento no me arrancará una sola palabra de los labios.

— Bien, ahora me pareces sincero; mas no te irás solo; un hombre con cuya fidelidad cuento te acompañará.

— Como gustéis, señor; no medito ninguna evasión.

— No salgas de aquí hasta que yo vuelva, si en algo tienes tu vida y la seguridad de tu hija, continuó el escocés con tono de autoridad.

El astrólogo contestó afirmativamente, y ya iba Crichton á salir, cuando fué detenido por los gritos de Ginebra.

— ¡No me abandoneis! ¡oh! ¡no me abandoneis, caballero Crichton! gritaba la jóven con el acento de la desesperación; habeis prometido no abandonarme.

— Y cumpliré mi palabra, repuso el escocés; al ausentarme por un instante, os confío á un hombre que es vuestro padre, y velará por vos con la mayor solicitud.

— El es á quien mas debo temer, exclamó Ginebra, arrojándose á los piés de Crichton; pues sin él no seria una mujer deshonrada, indigna de vuestro amor. ¡Oh, caballero! no le conoceis; su corazón es perverso, y no respeta el honor ni las afecciones; se ha unido con ese príncipe sin remordimientos para perderme. ¡Salvadme, oh, salvadme!

— Ginebra, dijo el escocés, alzando á la jóven con dulzura, vuestra cabeza está trastornada por los sufrimientos. Gonzaga es mi prisionero, y no puede haceros daño alguno.

— ¡Ay de mí! suspiró Ginebra apartándose de Crichton, hasta él me desprecia ahora.

— La sangre de Gonzaga lavaré tu afrenta, dijo Rugieri con voz terrible; la mano que rechazas, Ginebra, vengará tu injuria.

— Júralo, exclamó la jóven volviéndose de pronto hácia el astrólogo.

— Lo juro, contestó solemnemente Rugieri.

— ¿Por la memoria de mi madre?

— Por la memoria de tu madre, juro consagrarme tan solo á la destrucción del príncipe, dijo el astrólogo.

— Entonces moriré contenta, replicó Ginebra, inclinando su cabeza sobre el pecho de Rugieri y vertiendo abundantes lágrimas. Perdóname, padre mio, como yo te perdono.

— ¡Hija mia! murmuró Rugieri, estrechando á Ginebra contra su corazón. ¡Oh! si el alma de tu madre ultrajada nos viese desde allá arriba, creo que no me rehusaria su perdón.

— Caballero Crichton, dijo Ginebra, desprendiéndose suavemente de los brazos de Rugieri y bajando los ojos; quisiera tambien implorar vuestro perdón.

— ¿Por qué, Ginebra?

— Por haberme atrevido á amaros,

— Dejame mas bien implorar el vuestro, hermosa niña, por haberos inspirado, sin saberlo, una pasión tan fatal para vuestro reposo.

— ¿Me compadeceis?

— Con toda mi alma.

— Entonces muero contenta, exclamó Ginebra.

Y cogiendo el puñal de Crichton, se hubiera atravesado el corazón si Rugieri no hubiese detenido su brazo.

— ¿Es esa tu ternura? dijo Ginebra, dejando caer la daga; pues bien, viviré; pero será para...

— Hallarás consuelo en la sombra de un claustro.

— ¡Jamás!

Al pronunciar estas palabras, oyéronse pasos rápidos en la galería, y Blount se precipitó en la cámara.

— ¡Nos han vendido! exclamó; el príncipe está en libertad, la guardia ha depuesto las armas ante una orden de la reina madre, que acaban de traer ahora mismo.

— ¡Gonzaga en libertad, las órdenes del rey despreciadas, y yo aquí! gritó Crichton furioso sacando su espada. Rugieri, vela por tu hija.

— La resistencia es inútil, dijo Blount; el palacio está lleno de partidarios del duque de Nevers.

— ¡Ah!

— Hay una escolta preparada para acompañar al príncipe por el camino de Mántua, y ya ha subido á una litera.

— ¡Maldición! gritó Crichton; pero no se escapará, pues sus mismos partidarios no desobedecerán las órdenes del rey.

— Os equivocáis, caballero Crichton, dijo Andreini, apareciendo de repente en el dintel de la puerta; armados con la autoridad de la reina, se atreverán á todo. En nombre de mi señor, el príncipe de Mántua, pido que se me entregue esa joven.

— ¡Paso! gritó Crichton con voz de trueno; conduceme adonde se halla tu señor.

— ¡Avanzad, alabarderos! exclamó Andreini.

A esta orden, quedó cerrado el paso por una tropa de soldados, y las puntas de veinte partesanas se dirigieron al pecho de Crichton.

— ¡Ah, por san Andrés! gritó el caballero con furor; os intimo en nombre del rey que depongáis las armas, si no queréis ser castigados como traidores.

— En nombre de la reina permaneced firmes, replicó Andreini.

Seguido de Blount, Crichton iba á abrirse paso con la punta de la espada, cuando le detuvo un grito de Rugieri.

Todos sus temores se habían renovado á la aparición de Andreini. Ginebra había huido de los brazos del astrólogo, y trataba de poner fin á su existencia arrojándose sobre las picas de los soldados.

Pero evitando un peligro imaginario, la joven se precipitaba en uno verdadero, pues en el momento de lanzarse sobre los soldados, Andreini avanzó con rapidez, y cogiéndola en sus brazos, se retiró á través de las filas, que se abrieron para cerrarse en seguida.

— Contenedle hasta que yo me reuna al príncipe, gritó Andreini, y despues dejadle tomar si quiere el camino de Mántua.

— ¡Socorro! gritó Crichton, haciendo retroceder á los soldados ante la violencia de su ataque.

— Es inútil, señor, replicó Rugieri; ¡he perdido á mi hija! pero yo os ayudaré en la venganza. ¡Al Louvre, al Louvre!

XXXI.

EL CALABOZO.

— ¿Habrá abjurado?
— Todavía no.

DELAVIGNE.

El Louvre encerraba en otro tiempo dentro de sus muros un cierto número de celdas subterráneas destinadas para guardar á los prisioneros de Estado.

A uno de aquellos tristes calabozos fué conducido Cristian.

Como se acercaba la hora de la terrible ejecución, el pobre anciano comenzó á orar con el mayor fervor, pero sus oraciones fueron interrumpidas por la entrada de un carcelero, que introdujo en el calabozo á una mujer disfrazada, y se retiró en seguida.

La débil claridad de una lámpara de cobre, suspendida de la bóveda, iluminaba escasamente el triste calabozo, y se pasaron algunos momentos antes que Cristian, que tenía cerrados los ojos al hacer su ferviente súplica, pudiese distinguir á la mujer que tenía ante sí.

— ¿Sois vos, hija mía? preguntó en voz baja.

— Sí, contestó Esclarimonda descubriéndose; pero temía interrumpir vuestras oraciones.

— Acercaos, repuso el anciano; los momentos son preciosos, y tengo que daros muchos consejos antes que acabe de extinguirse la llama de mi vida. Sin embargo, antes de formular los preceptos que pueden ser necesarios para el bien espiritual de un alma, cuyo paso á través de este valle de lágrimas será mas largo que el mio, invocaré una bendición sobre vuestra cabeza.

Arrodillóse Esclarimonda para recibir la bendición, y su voz se unió á la del anciano en la ferviente demanda de la gracia celeste.

Pero aun no había terminado aquella escena, cuando la puerta se abrió de nuevo, y el carcelero introdujo á otra persona, embozada en una ancha capa,

— El es, dijo Esclarimonda.

— ¿El ejecutor? preguntó Cristian con voz tranquila.

— El caballero Crichton, contestó Esclarimonda.

— ¡El aquí! exclamó Cristian, cuyo semblante se cubrió de tristeza.

— Sí, para darme el último adiós, murmuró la princesa.

— Advertid, dijo Cristian con severo acento, que ese adiós será eterno, pues vuestro rango os prohíbe una alianza tan desproporcionada, aun cuando las creencias del caballero Crichton fueran las nuestras.

— ¡Ay de mí! murmuró Esclarimonda, la religion del caballero Crichton no es la mía en efecto, y existe una gran diferencia en el rango; pero nuestros corazones están unidos indisolublemente.

— ¿Le amais pues con tal ternura, hija mía?

— ¡Oh! sí, le amo con delirio.

— ¡Pero no podeis ser suya, hija mía! Es necesario tengais presente que no profesa nuestra religion, y necesito me prometais solemnemente que nunca sereis su esposa.

— ¡Esclarimonda! dijo Crichton adelantándose.

— No vacileis, continuó Cristian con acento severo, ó sois perdida; prometédmelo.

— Os juro no dar mi mano á ningun católico, dijo con firmeza Esclarimonda.

Un profundo gemido salió del pecho de Crichton.

— Caballero, dijo Esclarimonda, ya habeis oido mis palabras.

— Sí, contestó con tristeza el escocés.

— Escuchadme aun, continuó la princesa. Mi celo, mi gratitud y mi amor me hacen dejar á un lado toda reserva, y he querido que nuestra última entrevista tuviese lugar á presencia de este hombre venerable, para poder hablaros con libertad y confesar mi amor. De vos depende ahora que os conceda mi mano; adoptad mis creencias, y este santo varon nos unirá para siempre. Crichton, añadió la princesa, ¿seremos uno de otro, ó nos vemos por última vez?

— Si la condicion que se me exige para conservar vuestro amor, es renegar de los principios de mi religion, esta será nuestra última entrevista, repuso el escocés con acento desesperado. Esclarimonda, he hecho por vos todos los sacrificios compatibles con el honor y la rectitud; por vos he renunciado á los proyectos de ambicion que hasta aquí han llenado mi alma; por vos he reprimido ese deseo de distinguirme, que siempre fué la pasión dominante de mi existencia; por vos lo sería todo menos un traidor á mi Dios. La gloria ha sido la estrella de mi vida, en que se han fijado de continuo mis miradas, y he dirigido siempre mi barca á la luz de sus rayos. La fama me es mas cara que la vida; el amor me es mas caro que la fama; pero el honor me es mas caro que el amor.

— ¡Crichton!

— Escuchadme, Esclarimonda; sois la princesa de Condé. Vuestro rango es el mas ilustre de Francia; pero esto no ejerce en mí influencia alguna, pues mi corazón era vuestro cuando nuestras posiciones eran iguales. Para mí no habeis cambiado; para mí sois siempre la huérfana Esclarimonda, y el rango nada quita ni pone á vuestra hermosura. Enlazar mi suerte con la vuestra, sería realizar el mas dorado sueño de mi ardiente imaginación, sería alcanzar de un golpe el objeto que me he propuesto, y llegar á ser el mas feliz de los hombres.

— Reflexionad, Crichton, dijo Cristian.

— Ya he reflexionado, repuso el escocés; yo soy católico por la convicción de mi conciencia, y como tal, estoy preparado cual vos á elegir la muerte antes que separarme de esa religion, que se apoya en la verdad y está sostenida por las mas santas tradiciones.

— Si el célebre Buchanan no ha conseguido convertirnos, hijo mio, repuso Cristian, mis esfuerzos serian tambien ineficaces.

— ¡Oh, Crichton! murmuró Esclarimonda, ¿será posible que ya no tenga yo influencia alguna sobre vuestro corazón?

— ¡Esclarimonda! replicó Crichton con tristeza; por ser fiel á mi religion he abandonado la casa de mi padre; por esa creencia he arrojado la maldición paterna; por esa creencia renuncio á todo lo que me es caro sobre la tierra. ¡Es preciso separarnos para siempre!

— ¡Crichton, ya no me amais!

— El sacrificio que acabo de hacer es la mayor prueba de mi amor, repuso el escocés con amargura; no me tenteis, Esclarimonda. Mi corazón está desgarrado por las emociones; el vértigo domina mi cerebro; yo no puedo soportar por mas tiempo esta lucha.

— Sed mio, entonces.

— ¡Oh! voy á perderme, murmuró Crichton.

— Huid pues, contestó Cristian, antes que os abandone la resolución; no es justo que me hagais responsable de un acto involuntario al que no quiero induciros sin reflexionar antes. Huid, que acaso algun dia volvereis á ver á la princesa.

Al oír estas palabras, una lágrima surcó las mejillas de Esclarimonda, é incapaz de dominarse, al mirar al caballero, cayó en sus brazos.

— ¡Oh! exclamó, al hacer ese juramento he pronunciado mi sentencia de muerte.

— ¡Ah! murmuró Crichton, he querido impedirlo; pero ahora es ya demasiado tarde.

— Si, dijo Cristian con acento severo, ya es tarde. Partid pronto, porque interrumpís mis oraciones, y debo prepararme á morir.

— Padre, repuso Crichton, espero que tendreis mas tiempo del necesario. Vuestra vida es mas preciosa que la mía, y los servicios que podeis prestar á la prin-

cesa serán tambien mas eficaces. Vivid pues para ella.

— No os comprendo, repuso con sorpresa Cristian.

— Tomad esta capa y este anillo, dijo el caballero, y podreis evadiros fácilmente. Este es el sello del rey, mostradle á la guardia, y os dejarán el paso libre. No perdais el tiempo; embozaos bien y marchad.

— ¿Y vos?

— No penseis en mí, yo me quedaré en vuestro lugar.

— No quiero aceptar la libertad con semejantes condiciones, hijo mio.

— Escuchadme, buen padre, añadió el escocés con calor, vos no marchareis solo; es preciso que Esclarimonda os acompañe, porque si vuelve á la fiesta, es perdida.

— ¡Justo cielo! exclamó el anciano.

— Los planes de Enrique están bien concertados; el monarca engaña á su hermano el de Navarra, y sin de-

searlo precipitará acaso la suerte de la princesa. Catalina de Médicis, aunque ocupada en sus negros designios, lejos de oponerse á los de su hijo, los favorecerá. Dentro de una hora el Louvre puede ser teatro de una encarnizada lucha; y si no nos damos prisa, será luego demasiado tarde para salvar á la princesa del peligro.

— ¡Y vuestra vida sería el precio de tanta abnegación! murmuró Esclarimonda. No, prefiero volver al banquete y ponerme bajo la protección del rey de Navarra.

— El no puede protegeros, repuso Crichton; no temais nada por mí.

— ¿Y por qué no habeis de acompañar á la princesa, caballero? preguntó Cristian.

— No me preguntéis nada y partid, contestó Crichton con precipitación. Su vida y su honra se hallan en peligro si tardais un momento mas.

— No consentiré en vuestra perdición, dijo Esclarimonda apasionadamente.

— Me haceis sufrir permaneciendo aquí, replicó el caballero; un momento mas, y acaso será tarde.

Al pronunciar estas palabras, abrióse la puerta de improviso, y un ugiar, que llevaba una hacha en la mano, penetró en el calabozo y dijo en voz alta:

— ¡Su Majestad el rey!

(Se concluirá.)

Crispi.

Francisco Crispi, jefe de la izquierda en la Cámara de los diputados italianos, es uno de los patriotas á quienes debe la Italia su emancipación: su existencia entera no es mas que una larga lucha por la independencia y la libertad de su patria.

Nació en Ribera, provincia de Girgenti (Sicilia), el 4 de octubre de 1819, de una antigua familia romana, Crispi, que brillaba entre la nobleza cuando las aristocracias actuales de la Europa erraban todavia en las selvas de la Germania y de la Galia.

Despues de haber estudiado leyes en Palermo, Francisco Crispi fué á practicar á Nápoles, y ligado con la juventud de este país, tomó parte en la larga conjuración que produjo en 1848 los movimientos de la Sicilia y de Nápoles. La insurrección de Palermo le encontró sobre la brecha. Nombrado diputado y secretario general de la guerra, fué durante dos años el alma de la resistencia siciliana. Cuando triunfaron los suizos del rey de Nápoles, fué el último que dejó la isla y vino á Francia, donde continuó trabajando por la causa de la independencia.

Crispi fué quien organizó en el invierno de 1859 la nueva revolución siciliana, y cuando el 6 de abril se dió el grito en Palermo, Crispi se hallaba con Nino Bixio en casa del general Garibaldi en Turin, para decidirle á que marchara á Palermo. La oposición á esta idea era unánime. Crispi supo vencerlo todo, y muy luego, desembarcando en la playa de Marsala con Garibaldi y sus mil voluntarios, los guiaba hasta los muros de Palermo, al través de los peligros y peripecias que todos conocemos.

Despues de haber combatido valerosamente, Crispi organizó el gobierno dictatorial de la Sicilia. Cuando Garibaldi entró en Nápoles, Crispi reformó la administración y estableció el poder civil, mientras el dictador se batía en las avanzadas. Ocupábase en reconstituir el país de modo que pudiera unirse sin sacudimientos á la alta Italia, cuando el conde de Cavour alarmado quizá con las tendencias de aquellos hombres que no eran hechuras suyas, precipitó la anexión, y reunió sin transición alguna estas dos partes de la nación, el Norte y el Sur, tan diferentes aun por sus costumbres, su civilización, sus ideas y sus necesidades. Sabidos son los tristes resultados de esta medida.

Elegido diputado el año siguiente por la ciudad de Palermo, Crispi adquirió desde luego en el primer parlamento italiano la autoridad y el influjo que correspondían á sus antecedentes y á su talento. En la actual es el verdadero jefe de la oposición; pero no de esa oposición extremada y ciega que no sabe mas que desorganizar. Desarrollar el estatuto con sus consecuencias mas liberales, reformar la administración, y sobre todo la hacienda, empleando medios vigorosos, pero leales, tal es el programa de Crispi y sus amigos, programa que aplaude todo el país, como lo han probado las últimas elecciones.

C. DE LA V.

Los sucesos

DE CRETA.

Atenas 14 de marzo.

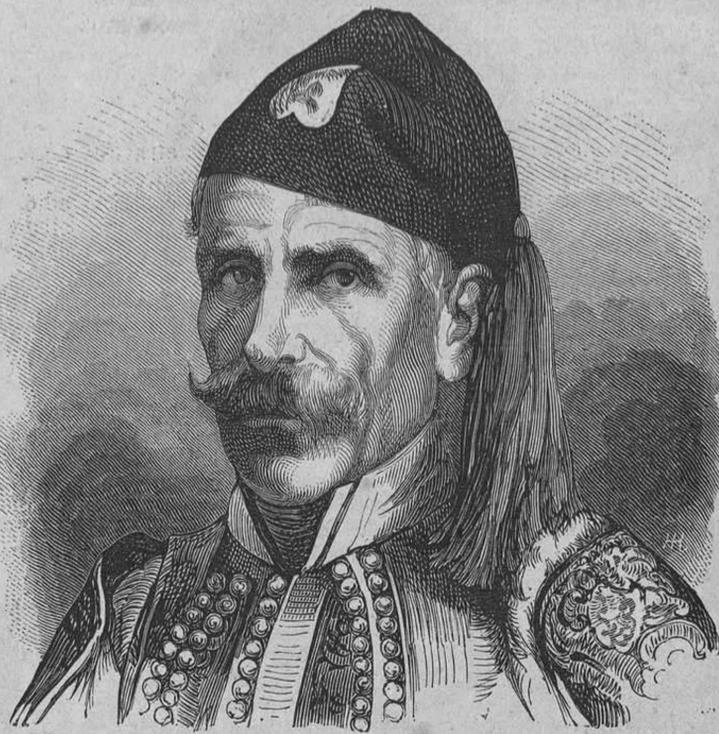
El movimiento helénico se halla mucho mas arraigado de lo que se habria podido creer en el espíritu de las poblaciones. En cuanto á la Creta, continúa en la misma actitud, y los voluntarios ocupan en la actualidad las mismas posiciones que antes.

No se vaya á creer, sin embargo, que los dos campos están á la expectativa sin venir nunca á las manos. A cada instante hay escaramuzas, y á pesar de la inferioridad del número, los voluntarios casi siempre salen con ventaja.

Como ejemplo, debe citarse el combate de San Hieromeli, que se ve representado en nuestro dibujo, y que tuvo efecto el 17 de



F. Crispi.



CRETA. — El coronel Demetrio Petropoulakis.

enero. Los voluntarios estaban mandados por el coronel Janissori, llamado Platon, á quien corresponden los honores de la jornada.

La causa de la insurrección cuenta entre sus defensores á un crecido número de nobles representantes de la Grecia regenerada. El coronel Demetrio Petropoulakis, cuyo retrato damos, es uno de ellos. Este veterano de la independencia helénica ha hecho la guerra de 1821, y su provincia le ha recompensado nombrándole representante á la Asamblea. Tiene setenta años, y le acompañan en Creta su hijo Leonidas, uno de sus hermanos y uno de sus nietos.

La Creta se considera tan segura de poder conquistar su independencia, que la



Epitropia ó asamblea de cretenses en Epanocoros, cerca de Selino.

Epitropia, esto es, la asamblea general de los cretenses, se reúne y publica decretos como si fuese ya soberana. Otro de nuestros dibujos representa la sesión que tuvo lugar en Epanocoros, provincia de Selino, distrito de Apocoronno. Los personajes principales que se ven representados, son los jefes Criari Poulo, el sacerdote Parterio y el capitán Korcka. M.

El Excelentísimo

é Ilustrísimo señor

CARDENAL PUENTE,

ARZOBISPO DE BÚRGOS.

El cardenal Puente, que ha fallecido en Madrid el



Combate de San Hieromeli, el 19 de enero de 1867.



El cardenal Puente, arzobispo de Búrgos.

Terminados sus estudios se ordenó y regresó á su patria, donde obtuvo el curato de San Miguel en 1845. En Sevilla alcanzó justa fama de actividad y saber, y allí se dedicó especialmente á reorganizar la casa-cuna bajo un pié que la hizo ser el modelo de estos establecimientos caritativos.

En 1846 vino el señor Puente á Madrid al tribunal de la Rota, donde permaneció hasta el año de 1851, en que se le confirió la silla episcopal de Salamanca.

Gratos recuerdos dejó en aquella histórica poblacion, tanto por su piedad como por su saber y virtudes.

Desde Salamanca fué trasladado á la silla arzobispal de Búrgos, donde obtuvo el capelo cardenalicio.

Como arzobispo de Búrgos asistió al concilio romano en que se hizo la declaracion dogmática de la Concepcion, alcanzando en aquel concilio fama de hombre docto y de ciencias.

Entre los recuerdos impercederos que el difunto cardenal deja en Búrgos, se cuenta el de la construccion de un magnífico edificio para seminario conciliar, que está para terminarse.

El señor Puente estaba condecorado con las grandes cruces españolas y varias extranjeras, y desempeñaba el elevado é importante cargo de director y ayo del príncipe de Asturias.

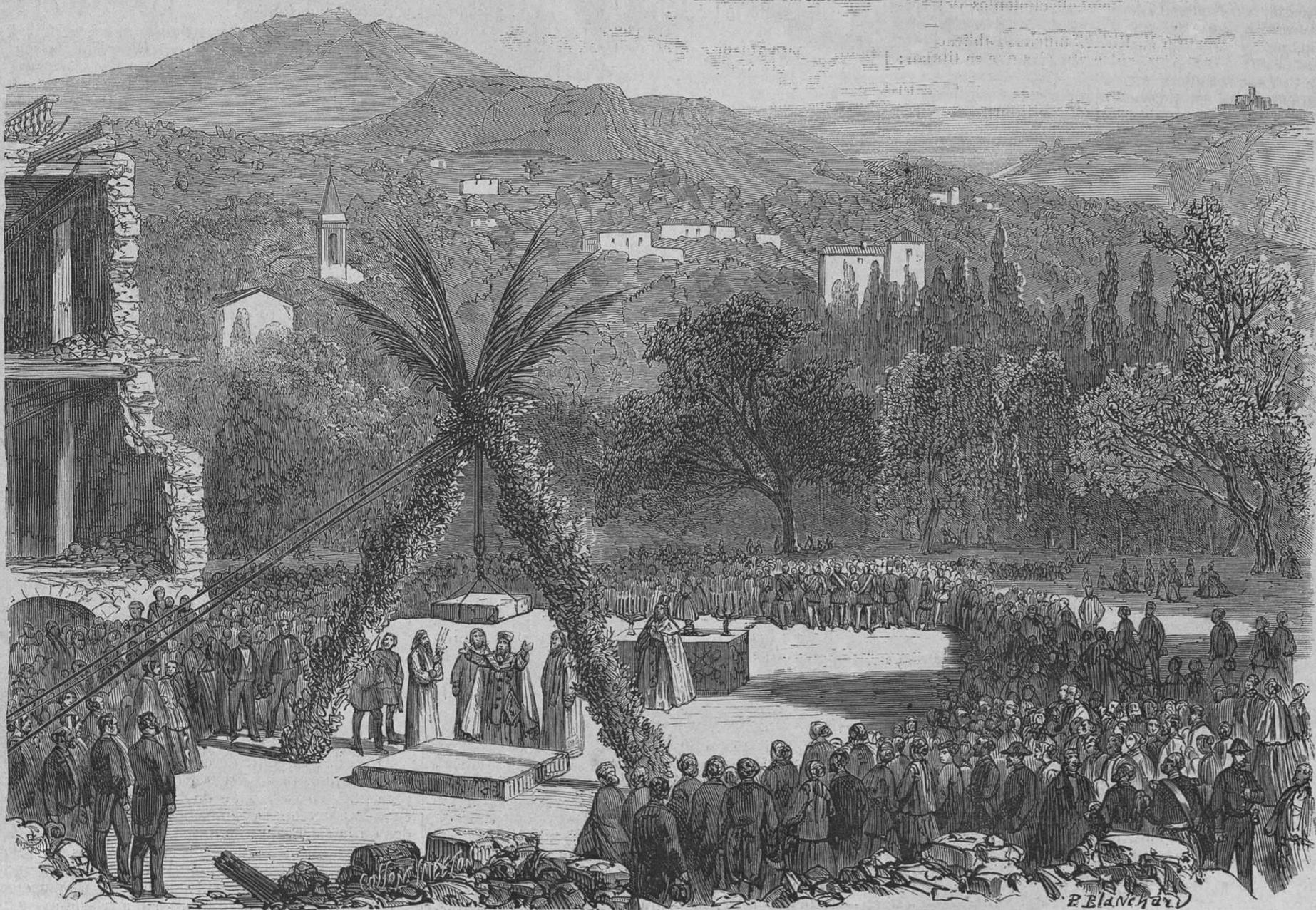
El día 13 se verificó en Madrid la traslacion de los restos mortales del Emmo. señor cardenal arzobispo de Búrgos desde la casa mortuoria al templo de San Antonio de la Florida. Abria la marcha un piquete de cora-



Hittorff, miembro del Instituto.

12 de marzo último, habia nacido en Cádiz, donde pasó los primeros años de su vida, habiendo marchado despues á Inglaterra, donde hizo amistad con el cardenal Wiseman, logrando inspirar á tan insigne prelado un grande afecto.

ceros. Precedian al féretro un gran piquete formado de todos los cuerpos de la guarnicion, al mando de un coronel, los niños del Hospicio y el clero con cruz parroquial alzada. La caja, de una forma bastante nueva, lujosamente adornada y sostenida por cuatro garras de



NIZA. — Colocacion de la primera piedra del monumento religioso elevado en Niza á la memoria del gran duque Nicolás.

leon que formaban los piés, iba en un coche estufa de la real casa.

Sobre la caja iban las insignias episcopales. Las cintas las llevaban el obispo auxiliar de Madrid, el vicario eclesiástico, un senador y un militar de alta graduación.

El duelo iba presidido por el nuncio de Su Santidad, otro señor obispo, el ministro de Gracia y Justicia, el marqués de Novaliches en representación del príncipe de Asturias, los capitanes generales de Madrid, el marqués del Duero y de la Habana, y un número inmenso de autoridades y personajes distinguidos en las ciencias, la política, las letras y las armas.

Seguía una compañía de ingenieros con bandera entutada.

Las tropas que cubrían la carrera por las calles del Pez, Ancha de San Bernardo, plazuela de Santo Domingo, calle de Bailen y paseo de San Vicente, fueron siguiendo detrás del cortejo fúnebre. Detrás iba un coche de la real casa, y un considerable número de carruajes de los ministros, la grandeza y de particulares. Un gentío inmenso ocupaba las calles del tránsito. Al depositar en la iglesia de San Antonio el cadáver, la infantería y artillería hizo las salvas de ordenanza.

El cuerpo del cardenal Puente será embalsamado y trasladado al panteón de la catedral de Búrgos.

L. C.

Hittorff.

M. Hittorff, del Instituto, que acaba de morir, ha tenido el mérito de dejar su nombre en un crecido número de monumentos del París contemporáneo. Nacido en Colonia en 1792, vino á París á la edad de diez y siete años, é hizo sus estudios bajo la dirección de Percier y Belanger, que fueron á la par que sus maestros, sus protectores.

La enumeración de las obras ejecutadas por M. Hittorff, puede dar á conocer el puesto que ocupa entre los arquitectos de la Francia moderna. Tomó parte en las obras del Matadero del Roule, en la ejecución de la cúpula de hierro del Mercado de trigo, y en la construcción del teatro del Ambigu. Hittorff dió los planos de un monumento que se proyectó á la memoria del duque de Berry, y de un gran número de ceremonias oficiales.

Pero sus obras mas importantes han sido las de la iglesia de San Vicente de Paul, que duraron diez años, las de la alcaldía de San German l'Auxerrois; la construcción del Circo y del Diorama, la conclusión de la plaza de la Concordia y los embellecimientos del bosque de Boulogne.

También se deben á M. Hittorff muchas publicaciones artísticas muy estimadas, entre otras las que se titulan: *Arquitectura antigua de Sicilia*; — *Arquitectura moderna de Sicilia*; — y *Arquitectura policroma de los griegos*. El artista ocupó dignamente su vida. M. Hittorff, que sucedió en 1853 á M. Huvé en la Academia de Bellas-artistas, no ha dejado seguramente ninguna de esas obras que immortalizan una época: era un hombre que temía los excesos de la imaginación, y que se distinguía por una sábia aplicación de las reglas convenidas; pero no por esto sus obras dejan de ocupar un gran lugar en la arquitectura de nuestro siglo.

H. V.

Monumento religioso

ELEVADO Á LA MEMORIA DEL GRAN DUQUE NICOLÁS DE RUSIA EN NIZA.

El 2 de marzo último ha tenido lugar en Niza la colocación de la primera piedra del monumento que el emperador de Rusia ha mandado elevar á la memoria del gran duque Nicolás de Rusia, que falleció en el palacio Bermond en 1865. El pabellon donde murió el príncipe y el terreno que le rodea, fueron adquiridos por el emperador Alejandro, quien eligió entre los proyectos de monumentos presentados por los artistas, el de M. Grimm, profesor de la Academia de San Petersburgo.

Este arquitecto se halla en Niza, donde ha hecho demoler la antigua construcción, de la que solo queda el lado Norte. El monumento se va á ejecutar rápidamente. En la ceremonia de la inauguración hubo una numerosa asistencia cosmopolita, en la que figuraba en primer término la colonia rusa. El monumento llevará el nombre de San Nicolás, que era el del gran duque difunto.

Ofició el R. P. Brilejaeff, con otros prelados, según el rito ortodoxo. El interior del monumento estará ricamente adornado con pinturas ejecutadas por artistas de San Petersburgo.

R. DE M.

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuación.)

— No es mi amor lo que ha obrado en tí esa transformación, son tus extravíos y culpas.

— ¿También me acusas?

Edelmira calló.

— Mi última esperanza la cifraba en tí, prosiguió Carlos; en la indulgente bondad de tu corazón y en el mutuo amor que nos profesamos.

— Eso ya es una quimera, y debes olvidarlo, porque donde comienza el oprobio, acaba el amor y no es digno de recibir ni una mirada de ternura, quien así se conduce.

— ¡También insultos! murmuró Carlos con ira, sin poderse contener.

— Creí que el borron que has echado sobre tu frente, habría apagado tu orgullo; lo siento, porque así, ni aun á mi compasión tienes derecho.

— ¡Tu compasión! no la quiero.

— ¿Pues qué deseas de mí?

— El cumplimiento de una promesa sagrada que nos hicimos mutuamente al pié del altar.

— Es verdad; pero obré engañada, sin embargo, te devuelvo tu palabra y el anillo que cambiamos en prenda de alianza; aquí le tienes.

— ¿Pretendes, ingrata, que yo te devuelva el tuyo? no lo conseguirás. Estás unida á mí por un juramento y no puedes ser de otro hombre...

— Ni lo deseo. Consérvale si así te place, y conserva también el tuyo. Por mi parte eres libre, quizá en América seas feliz con otra mujer.

— ¡Falsa... perjura!... ¿Conque nada puedo esperar de tí... no serás mi esposa?

— ¡Ah, nunca, nunca!... recuerda que eres hijo de Flora del Palancar, y este solo obstáculo es suficiente para separarte de mí.

— ¡Todo por ella, todo!... ¡Madre infernal!...

El sombrío acento de Carlos al decir esto enronqueció sobremanera. En sus ojos brilló una chispa de odio. Edelmira tuvo miedo y se levantó.

En aquel momento se halló rodeada del jardinero, de Lisa y de Dorotea, que temiendo en el desesperado jóven algun mal pensamiento, no se habian apartado de su querida señorita.

Carlos los miró con asombro. Luego dijo:

— ¡Adios, Edelmira!... conservo tu anillo, y parto á lejanas tierras, donde espero conquistarme un nombre honroso para volver á ofrecerle á tus piés.

— Si un dia vuelves á España, no me busques aquí. Mientras mi padre viva, permaneceré á su lado en nuestros Estados de Italia; cuando muera, me retiraré al convento de Florencia, donde mi desgraciada madre se educó.

— ¿Es tu última resolución? ¿no cambiarás?

— Es irrevocable.

— Entonces aun conservo la esperanza de ser en el mundo feliz. ¡Adios!...

— ¡Hasta la eternidad! murmuró Edelmira, que no abrigaba las ideas de Carlos, y tenia hecho el firme propósito de morir en la soledad del claustro.

El mancebo salió por la puertecilla del jardín. Una mujer le aguardaba en el dintel; se levantó al sentir el ruido, y siguió en silencio sus pasos hasta la esquina de la calle del Sordo, donde otra muy miserable y andrajosa le salió al encuentro.

Ambas murmuraron á un tiempo con voz débil y suplicante tono:

— ¡Carlos!

III.

LA MENDIGA.

El jóven preguntó con mal gesto, deteniéndose un instante.

— ¿Qué me quereis?

En esto las dos mujeres se miraron fijamente. Si alguna vez se habian visto, entonces no re reconocieron. La mas andrajosa, que parecia una mendiga, dijo á la otra, que iba envuelta en un rico pañuelo de Manila.

— Señora, necesito hablar á este caballero...

— Y yo también.

— No quiero que nadie escuche lo que tengo que decirle.

— Ni yo tampoco.

— En ese caso retiraos, le hablareis despues.

— ¿Qué derecho os asiste para exigir la preferencia?

La mendiga, acercándose á ella, pronunció á su oido estas palabras.

— ¡Soy su madre!

— ¿Entonces tendreis la misma idea que yo?

— ¿Cuál es?

— No dejarle marchar á su destino.

— Justamente.

— Habladle pues, la primera, y si no lo conseguís, avisadme.

Durante este breve diálogo, Carlos, que no pudo escuchar una palabra, se fué retirando hácia la esquina opuesta.

La mendiga le alcanzó. Se le puso delante, y abriendo con mano trémula la puerta de una miserable casa le dijo:

— ¿Teneis la bondad de pasar? Una mujer muy desgraciada os suplica la concedais unos breves instantes.

El jóven fijó en ella su escudriñadora mirada.

A través de los harapos que la cubrían, habia en aquella mujer cierto aire de distinción, cierto barniz de buen tono que excitaron la curiosidad de Carlos, y sin decir una palabra despues de breves instantes de vacilación, la siguió por un portalillo oscuro y estrecho. Entraron en un patio.

La mendiga, penetrando la primera en un cuartito húmedo y pequeño, encendió una luz, luego fué á cerrar la puerta, y señalando un asiento al jóven, exclamó con voz ahogada, acaso por la emoción ó los remordimientos.

— Sentaos.

El miserable ajuar de aquel pobre aposento componíase únicamente de una mesa de pino, una silla coja y medio desvencijada, otra en mejor uso, un jergon cubierto con una colcha de lana viejísima y deslucida. Debajo de la ventana habia un barreño con ceniza y algunos cacharros á su alrededor.

Carlos, mirando todo esto con extraña curiosidad y permaneciendo en pié á pesar de la invitación que se le hizo, exclamó:

— ¿Sois vos la mujer desgraciada que quiere hablarme? Si para excitar mi compasión me habeis traído á este sitio haciéndome perder un tiempo precioso, pudiérais haberlo hecho en la calle.

El tono brusco con que fueron pronunciadas estas palabras debieron excitar la sensibilidad de aquella desgraciada, porque rompiendo á llorar amargamente se dejó caer en el jergon.

— No estoy para lloriqueos, repuso Carlos con peor humor; hablad ó me marchó.

— ¡Oh, hijo mio, hijo mio, es posible que no reconozcas á tu madre!... exclamó la mendiga clavando en él sus ojos llenos de lágrimas.

— ¡Vos mi madre!

— Sí, mírame.

Y levántando la cabeza se descubrió del todo.

— ¡Vos Flora del Palancar!... ¡La ilustre señora, la señora que ha arrastrado sus blasones por el fango y conducido á su propio hijo á la deshonra y al oprobio!...

— ¡Ay, hijo mio! ¿Esa reconvencción en tu boca?

— ¡Quién os la ha de hacer, si solo yo sufro los efectos de vuestras perfidias!... Ahora mismo acaban de arrojarme al rostro el nombre de mi madre, como un padron de infamia, y no me queda otro recurso que huir á lejanos climas, donde nadie me conozca y pueda ocultar mi vergüenza, creándome á fuerza de trabajo una posición y un nombre.

— Pues bien, yo partiré contigo; soy tu madre, y necesito reconciliarme con el cielo, siendo la esclava de mi hijo.

— ¡Jamás, yo no tengo madre! la mia me abandonó en la niñez por orgullo, si hoy me busca por necesidad no me encuentra.

— ¡Me rechazas!

La infeliz con los brazos abiertos habia esperado por único consuelo un abrazo de su hijo.

Este, sin dignarse fijar en ella una mirada compasiva, se lanzó hácia la puerta.

— ¡Detente! gritó Flora de rodillas y en actitud suplicante.

— ¿Qué quereis?

— ¡Tu perdón!

— Cuando me hagais rico y feliz os le concederé.

— ¿No mueve tu corazón la angustia de una madre?

— Si esta madre hubiera sido la princesa de Florini, le moveria acaso.

— ¿Y porque soy pobre me desprecias?

— Porque sois una mendiga sin honor.

— ¡Pero eres mi hijo!...

— ¡No os reconozco por madre... adios!

Carlos se lanzó á la calle precipitadamente.

Flora, desgarrándose el pecho con las manos y presa de horribles convulsiones, cayó en el miserable lecho sin alientos para detener á su desnaturalizado hijo, tan ingrato y cruel como ella misma.

No es extraño, los hijos, á semejanza de sus padres, suelen sacar sus mismos instintos y sus propias inclinaciones.

A la mañana siguiente, las vecinas la encontraron moribunda. Dieron parte á la autoridad y fué conducida al hospital.

IV.

CURACION.

Antes de proseguir desenlazando los enmarañados sucesos de nuestra novela, retrocederemos algunos meses para informar al lector de lo que aconteció á Flora, cuando abandonada y moribunda la dejaron los bandidos en la sierra de Altomira.

Cual fatídicos lamentos escucharon los pastores de aquellas inmediaciones, los gemidos que la arrancaba el dolor, y sus agudos gritos en demanda de socorro.

Muy cerca de aquel punto, y situada á la márgen del Guadiela, habia una miserable choza que habitaba un

anciano, acompañado de su vieja consorte y dos hijas robustas y molletudas, como buenas serranas, que habiéndose criado á la intemperie, siempre ocupadas en guardar sus cabras y sus corderillos.

Durante la noche despertó mas de una vez la pobre familia al oír los gritos de Flora. Empero, el terror los detuvo en su cabaña y no se atrevieron á salir.

El anciano y su mujer sostenían el siguiente diálogo.
— Mira, Prisca, me levantaria de buena gana, pues creo que algun infeliz reclama auxilio.

— No seas tonto, estate quieto; ya sabes que todos estos dias hemos estado viendo muchos hombres de aspecto sospechoso en las inmediaciones de la cueva del Zorro, que sin duda alguna deben ser ladrones y no conviene que caigas en sus garras.

— ¿Y qué me han de hacer á mí, si soy un pobre infeliz?...

— ¡Toma! matarte para que no los descubras si están cometiendo algun crimen.

— Vaya, Prisca, es un cargo de conciencia el estarse quieto y sintiendo esos lamentos que parten el corazon.

— Pues hasta que amanezca no te dejes salir; siquiera de dia, habrá pastores en la sierra que nos auxiliarán en caso necesario.

— Voy á levantarme á ver qué hora es.

El pastor salió á la ventana. La oscuridad de la noche no le permitió ver ni una estrella, sin embargo, acostumbrado á vivir toda su vida en el campo, pudo conocer por ciertas señales que no tardaria en rayar el alba.

Las muchachas estaban despiertas, y al oír á su padre, exclamaron:

— ¡No habrais la puerta, por Dios!

— ¿Por qué, hijas mías?

— ¡Ay, estamos asustadas! esta noche hemos sentido ruido de caballos y de armas, y por último un coche partiendo á escape; pero lo que mas nos aterra son unos gemidos muy tristes que estamos escuchando hace mas de una hora.

— Es precisamente lo [que á nosotros nos alarma, y estoy esperando que amanezca para ir á informarme, pues no me queda duda de que en la montaña ha quedado alguna víctima de los bandidos.

— Nosotras iremos tambien, no queremos dejaros solo.

— Bien, venid; la voz que se queja parece de mujer y acaso hagais falta.

Una hora despues, y cuando apenas la aurora comenzaba á verter sus resplandores en las agrestes sierras, el pastor seguido de su mujer y sus hijas, registraban la montaña.

Despues de muchos rodeos encontraron por fin á Flora, en el mismo sitio en que la dejó Ataulfo.

Estaba desmayada.

— ¡Pobre señora, está muerta!... decia Prisca.

— No lo creas, aun late su corazon; repuso el anciano.

— ¡Y debe ser una persona muy principal!... ¡Qué manos tan blancas y tan finas!...

— ¡Y qué rico vestido de seda!...

— ¡Bien dije yo que seria una víctima!... hemos debido venir antes, acaso ya no tenga remedio, está herida en el pecho y en el hombro.

— ¡Ay! llevémosla á nuestra cabaña, y en tanto, ves tú corriendo á Vellisca para que venga el cirujano á ver si la salvamos, exclamó Prisca llena de compasion.

— Es lo mas acertado; lleváosla entre las tres, y yo voy volando á buscar auxilios.

— No te se olvide hacer que venga el señor cura, pues me parece no puede vivir mucho esta pobrecita señora.

— Abridla bien, y aplicad á las heridas, en tanto que llega el facultativo, aquellas yerbas maravillosas que nos dió el ermitaño.

— ¡Hombre, ya lo sé! no seas tonto, tú echa á correr y avisa cuanto antes á la justicia!...

— Flora habia ido volviendo en sí de su desmayo, y al oír las palabras de Prisca, abrió los ojos, y extendiendo las manos hácia el pastor, exclamó con voz débil:

— ¡Deteneos!

— Voy á Vellisca!...

— ¡Por compasion quedaos, y dadme un poco de agua!

— ¿No queréis se avise á la autoridad?

— No; socorredme vosotros si teneis buen corazon.

— Ahora mismo vamos á trasladaros á nuestra choza.

— Bien, llevadme.

Al movimiento que hicieron para conducirla volvió á desmayarse, y no recobró el sentido hasta que el suave calor del hogar fué reanimando sus ateridos miembros.

Cuando miró en torno suyo, se encontró en un lecho de pieles. La familia del pastor la rodeaba, y un piadoso ermitaño curaba sus heridas con evangélica caridad.

— No habéis, señora; dijo este concluyendo de colocar el vendaje; descansad un rato y estáis salvada, porque las heridas afortunadamente no son graves.

Cerró los ojos, quedando sumida en una especie de alérgamiento que la duró muchos dias.

Al encontrarse aliviada, pensó en su triste situacion; leyó repetidas veces la carta del conde de Cinkar y la de su hijo Carlos.

— ¡Ay! exclamó, ¿quién habia de pensar que era él? ¡Y yo misma, insensata de mí, le precipité en un calabozo!... ¡Suerte fatal! si segun pensaba, se enlaza secretamente con Edelmira, seria feliz, y tambien su ma-

dre tenia derecho á esperar la proteccion de ese orgulloso conde.

Embebida en estos pensamientos y medio loca de desesperacion y de dolor, dejó pasar algun tiempo hasta su completo restablecimiento.

El pobre pastor y su honrada familia miraban con asombro aquella mujer sombría y cavilosa, horrorizándose su aspecto y su demacrada figura.

El ermitaño continuó prestándole sus servicios quirúrgicos. Cuando la encontró bien, la dijo:

— Estais curada.

— ¿Y puedo emprender mi viaje á Madrid?

— Sí, señora.

— Gracias, contestó con alegría.

Luego, sacando de su dedo un anillo de brillantes, única prenda de algun valor que le quedaba, le preguntó:

— ¿Podriais venderme este anillo en cualquier pueblo de las inmediaciones?

— No será difícil.

— Intentadlo, pues; vale doscientos duros, sacad el mejor partido posible, y no os vengais sin dinero.

Efectivamente, aquella misma tarde se halló con recursos para pagar la hospitalidad que recibiera y para emprender su viaje á la córte.

En seguida que llegó procuró disfrazarse, intentando por cuantos medios estuvieron á su alcance ver á su hijo; lo cual no pudo conseguir, realizando al fin su vehemente deseo la noche que saben nuestros lectores. Como en todo este tiempo habian trascurrido seis meses, su miseria llegó á ser horrible, y si no la conducen al hospital hubiera muerto de hambre.

¡Justo castigo, justa expiacion á sus maldades!... Ella rechazó á su padre en el lecho mortuorio, y á su vez se vió rechazada y desconocida por su propio hijo.

¡Cuántos dolores, cuántas amarguras sufre el malvado al fin de sus dias! Ah, es una verdad innegable! ¡Lo que hagais con tus padres, tus hijos harán contigo!

V.

OFERTA, PARTIDA Y MUERTE.

Cuando Carlos dejando á su madre moribunda salió á la calle, fué detenido por una mujer.

— ¡Dejadme! la gritó con mal humor.

— ¿No me conoces? ¡Ingrato!

— ¡Ah, sois vos! exclamó mirando el enflaquecido rostro de la prenda al resplandor de un farol.

— Sí; la Colasa, que te ama cada vez con mas delirio.

— Guardaos vuestras insulsas galanterias y decidme qué me queréis.

— Hablarte y verte.

— Pues yo ni uno ni otro necesito.

— ¡Así pagas mis beneficios!...

— ¡Qué habeis hecho por mí para que os lo agradezca?... reducirme á la situacion en que hoy me veo, hacerme un vago, un hombre sin educacion, sin recursos para ser útil á su patria ni á sus semejantes. Dejarme crecer en medio de los vicios y formar un ente despreciable, á vuestra semejanza, con el objeto de enlazaros á mí!...

— ¡Pero eras pobre, yo rica... y siempre te ofrecia ventajas!... Todavía son tuyas, acéptalas, y no te marches.

— ¡Apartad, insecto venenoso!... esas riquezas adquiridas por medio de la usura y el robo, las he tenido en mi poder y os las he devuelto. Guardadlas y comprad con ellas un esposo digno de vos.

— ¿Me desprecias?

— Y os odio.

— ¿Te empeñas en partir?

— Sí; antes de una hora. Mi destino está en Ultramar y allá voy á buscar nombre y fortuna.

— Entonces adios; pero acuérdate de que á pesar de tus ingratos sentimientos, aun tiene la Colasa un corazon para amarte.

— ¡Gracias... adios!...

Este último rasgo de la prenda debió quizá herir alguna fibra delicada, pues el jóven partió precipitadamente, exclamando en su interior:

— ¡No me ha dicho otro tanto Edelmira!

— Una hora despues salió para Cádiz, donde debía embarcarse para ser conducido á su destino.

En tanto, en el palacio de Florini se activaban los preparativos de viaje.

Verificados los desposorios de Arturo y de don Constantino, resolvióse toda la familia trasladarse á Italia con objeto de tomar posesion de sus Estados, y con la esperanza al propio tiempo de que mejorase la delicada salud de Edelmira.

Aquella tierna y hermosa flor, comenzó á languidecer cuando se creyó habia encontrado la felicidad con el amor de su padre.

El corazon humano necesita para vivir, fortalecerse un afecto santo, purísimo, que le vivifique y le aliente en la amarga carrera de la vida.

Edelmira sin amor, era cual una planta sin aire y sin sol, que languidece y muere.

Se creyó curada con el paternal cariño y buscó en él un consuelo, un lenitivo á sus pesares, y sin embargo, no fué bastante para borrar en el alma impresionable y pura de la hermosa niña aquel desengaño cruel que la habia herido tan vivamente, ni el recuerdo fatal de su primero y único amor.

Apenas sobrevivió tres años á su desventura.

No quiso volver á España, y permanecieron en Florencia toda la familia, unidos siempre en la mas placida armonia con la de don Constantino.

Tampoco Leticia tuvo valor para abandonar á sus hijas, ni la marquesa del Rio se apartó de su lado. Vivió muchos años la noble y generosa señora, muriendo, al fin, en brazos de su amada Leticia.

Edelmira, antes de su muerte recibió una carta de América. Era de Carlos.

Toda la familia tuvo empeño por rodearla constantemente de las atenciones mas tiernas y quisieron ocul-társela, temiendo encerrarse alguna nueva fatal.

— ¡Oh, leédmela, tengo valor para todo!... exclamó con voz débil.

Se abrió la carta, dentro habia un anillo, y escritas con trémula mano las siguientes líneas:

« Edelmira: Tres años hace que abandoné la España, y con notable crueldad, ó mas bien con el egoísmo que hoy reconozco en mí, no quise devolvete el anillo nupcial que en un momento de ofuscacion entregaste á un hombre que no merecia ser tu esposo. Arrepentido de mi conducta te le devuelvo, ojalá seas feliz. Eres libre, ningun lazo te une ya al pobre desterrado, y aunque te uniera, pronto estaria roto por la inexorable parca. » ¡Adios, hasta la eternidad!... »

» CARLOS. »

A esta carta acompañaba otra de un compañero suyo, en la cual referia la muerte del infeliz Carlos, que pereció en un desafío, víctima siempre de sus instintos crueles y de su mala educacion.

Edelmira rogó por el alma del desventurado y entregó la suya al Señor con la tranquilidad de los mártires, rodeada de su desconsolado padre y de toda su familia, que miraban en ella á un ángel de bondad, de paz y de consuelo.

VI.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Era una tarde de invierno; un sol espléndido y hermoso bañaba el lujoso saloncito que solia habitar de continuo en su palacio de Madrid, la jóven marquesita de Pinares, ó sea nuestra simpática Honorata.

No obstante el dulce calor que los rayos del sol esparcian en el aposento, hallábase encendida la chimenea, y á uno y otro lado, sentados en cómodas butacas, estaban Rafael y Honorata.

La sonrisa de la satisfaccion y de la felicidad se reflejaba en el semblante de los jóvenes esposos, y su alegría era sublime cuando fijaban la vista en un hermoso niño de pocos meses, que en una dorada cunita dormia con la tranquilidad de los ángeles.

Rafael soltó el libro en que leia, y distraidamente se puso á tararear una cancion.

— ¡Silencio! vas á despertar á Rogelio, exclamó Honorata, con la tierna inquietud de una buena madre que vela por el ángel de su amor.

— ¡Y es verdad! creia que estaba despierto.

Se levantó sin hacer ruido, y sentándose cerca de la cuna que estaba colocada á la derecha de Honorata, se pasó largo rato embebido en la contemplacion de su querido hijo.

— ¡Qué hermoso está! murmuró con orgullo.

— Ciertamente, exclamó la jóven madre; á mí me parece que no puede haber en la tierra una criatura mas bella!...

¡Oh, santo y purísimo amor de madre!... Honorata expresaba lo que sentia su corazon y lo que sienten todas las madres.

Se imaginan que no hay hijos mas hermosos que los suyos; y por cierto que esta creencia, ó mas bien, este egoísmo, es disculpable y hasta grato, porque nos manifiesta la ternura y la bondad de la que así se expresa.

Aun seguian los cariñosos padres contemplando á su hijo, cuando la puerta del salon se abrió lentamente, y sin que nadie las anunciase, entraron dos hermanas de la Caridad.

— ¡Ah, madre mia! dijo Honorata abrazando á la de mas edad.

— ¿Cómo estais, hijos? ¿Y mi querido nietecillo?... preguntó la religiosa con una voz tan melancólica y tan dulce que parecia una música suavísima.

— Nosotros, bien, contestó Rafael, y nuestro Rogelio tan hermoso y encantador, como siempre.

Nuestros lectores habrán reconocido en esta religiosa á la noble marquesa viuda. Ella era en efecto; habia cumplido su voto haciéndose hermana de la Caridad, tan luego como vió á sus hijos felices y satisfechos.

Estos por no separarse de su madre, volvieron otra vez á la córte, dejando muy á pesar suyo el castillo de Pinares y su deliciosa quinta de la Isabela.

Tres meses llevaba sor María de la Merced ejerciendo su santo ministerio, y en este tiempo su fervoroso celo por los enfermos fué tan vivo, que llegó á resentirse su salud; sin embargo, nunca consintió abandonar sus deberes, que tenia orgullo en cumplir con la mas exacta escrupulosidad.

Las tardes que sus ocupaciones la permitian, iba acompañada de otra religiosa á visitar á sus hijos, volviendo al hospital antes de anocheecer.

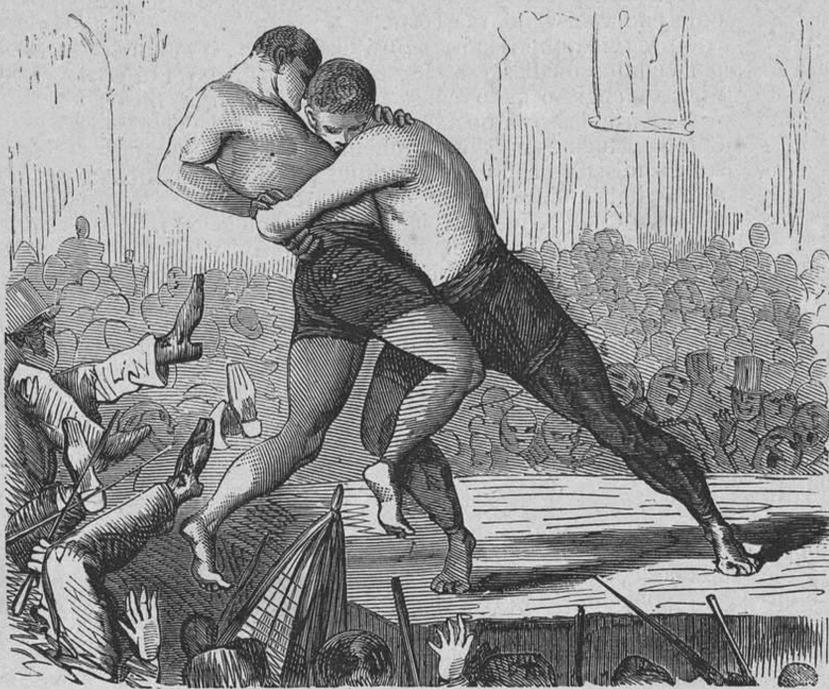
Apenas permaneció media hora con ellos, cuando se levantó para marcharse.



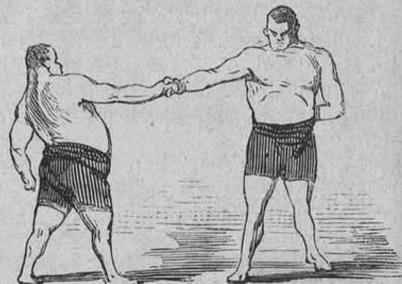
LOS LUCHADORES CÉLEBRES. — La presentación. — Lectura de las reglas de la lucha.



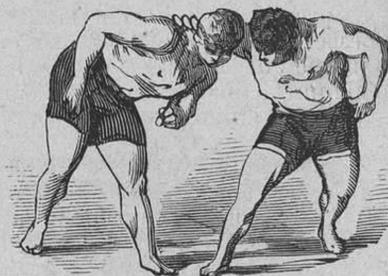
Un vencedor. — Unir la modestia al mérito, es llevar dos coronas en la frente.



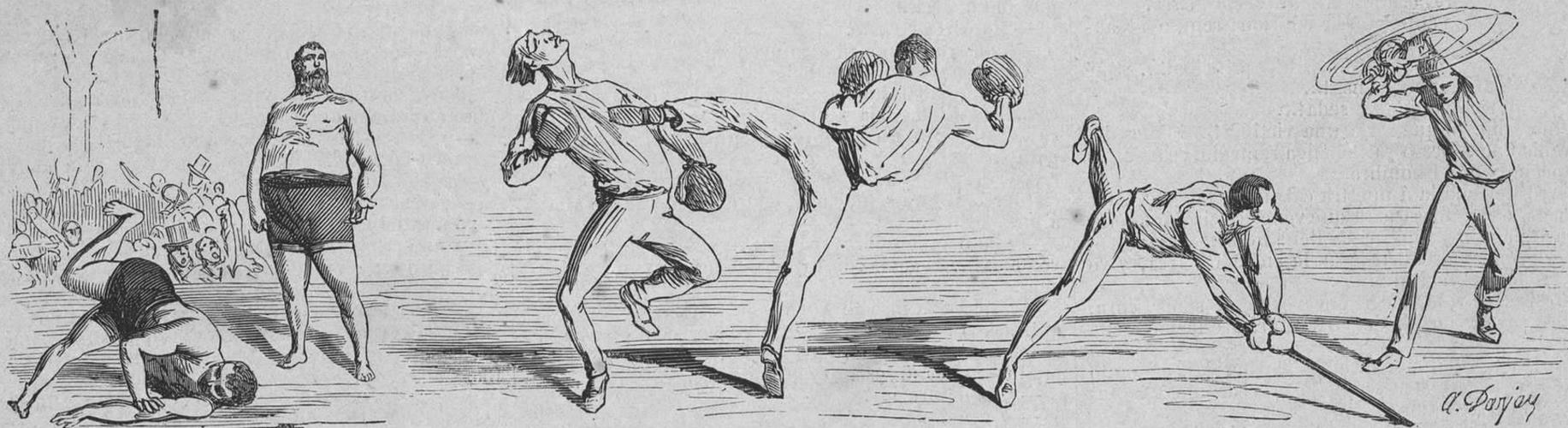
Ventajas de los puestos reservados para juzgar los golpes y recibirlos.



Fuerza y lealtad.



Dos campeones. — Parece que están hablando, y lo que hacen es probar sus fuerzas.



¡Que sí! ¡que no! ¡Que no! ¡que sí! — Pues á empezar de nuevo. — Intermedios de palo y de cuerda.

— ¿Ya os vais? preguntó Honorata con pena.
 — Sí, hija mia; tengo algunos enfermos de peligro, y no quiero separarme mucho tiempo de su lado.
 — ¡Todo para los pobres; y tan poco para nosotros!...
 — La caridad es ante todo... ellos necesitan mi asistencia y mis consuelos; vosotros sois felices...
 — Pero ¿y vos, y vuestra salud, que cada día es mas delicada?... dijo Honorata.
 Rafael añadió:
 — Desengañaos, madre mia: no habeis nacido para respirar la atmósfera de un hospital.
 — Lo conozco: mis fuerzas se agotan á veces, y solo me sostiene la ardiente fe de mi alma, y el amor que me inspiran los infelices confiados á mi celo.
 — Mas confesad, madre mia, que no podreis soportar mucho tiempo esa fatiga.
 — Cuando pierda la esperanza de ser útil á mis semejantes, entraré en un convento á concluir mis dias en santa paz.
 — ¿De manera que ni aun los dias de vuestra ancianidad nos concedereis? exclamó Rafael.
 — ¡Oh! no; mi vida pertenece á Dios, y he prometido consagrarle hasta mi último momento.
 — No te canses, Rafael, exclamó Honorata: mamá quiere cumplir su destino en este mundo.
 — Sí, hija mia, el ángel gritó á mi oído: pastora, marquesa y monja; hágase pues su santa voluntad.

— Pero no os dijo que aniquiláseis vuestra salud cuidando á los enfermos.
 — Ese es un voto que me impongo en expiación de mis pecados.
 La hermana que acompañaba á la marquesa, y que durante la anterior conferencia permaneció silenciosa, rompió á llorar al oír estas palabras y exclamó:
 — ¡Vos que sois una santa, habláis de pecados; qué diré yo, infeliz de mí!
 Honorata, reparando en la otra religiosa, exclamó con viveza:
 — Yo conozco ese rostro, y vuestro acento no es la primera vez que resuena en mi oído.
 La religiosa, arrojándose á sus piés, repuso con sincero arrepentimiento:
 — ¡Ah! señora, perdonadme, como me ha perdonado vuestra madre.
 — ¡Calla, es Atocha! dijo Honorata reconociéndola.
 — Sí, yo soy, que os he ofendido, y vengo á implorar vuestro perdón.
 — Levántate; estás perdonada, y cuéntame cómo es que llevas ese hábito.
 — Porque soy hermana de la Caridad, y he jurado no separarme jamás de vuestra noble madre.
 — ¿Quién te ha hecho formar esa resolución?
 — Los desengaños.
 — Es verdad, tú siempre has sido muy inocente, y los

malvados formaron de tí un juguete que manejaban á su antojo.
 — Abusaron de mi credulidad y de mi amor por Atocho.
 — También el pobre ha pagado bien sus crímenes, y el ser cómplice de Flora.
 — Cuando era conducido al patíbulo, le seguí hasta el pié del cadalso, y en un momento que pudo hablarme antes de morir, me dijo: «Implora de la familia de Pinares mi perdón y el tuyo.» No tuve fuerzas para sufrir aquella escena, y caí acometida de un accidente; al volver en mi acuerdo me hallé en el hospital; al pié de mi cama estaba cual ángel salvador, la marquesa de Pinares.
 — No, hija; quien te asistía era sor María de la Merced; ten presente que el título de marquesa debe dársele á mi amada Honorata.
 — ¿Y el ejemplo de mi querida madre te ha convertido? preguntó Rafael.
 — Su ejemplo y sus bondades, por lo cual llevo este santo hábito, llena de fe y de su consoladora esperanza, porque habiéndome perdonado en este mundo las personas á quien tanto daño hice, también el Señor viendo mi sincero arrepentimiento, tendrá misericordia de mí.

(Se concluirá.)